

FBI

R

**DONALD
CURTIS**

**Jamaica
NAZI PL
IN
PARAD
ISLA**

**EL SOL
BAJO
La PIEL**



DONALD CURTIS
El sol bajo la piel

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A. PINTO (Madrid)

ESPAÑA

(£) Donald Curtis

Derechos reservados por EDITORIAL ROLLAN, S. A. PINTO (Madrid)

ESPAÑA

Depósito Legal: M. 15.369 – 1971

Printed in Spain

Sue. de Rivadeneyra, S. A. – MADRID

CAPITULO I

Estaba allí de nuevo

Era el mismo escorpión de siempre. El de mis pesadillas. El de mis sueños terribles.

Un espécimen de alacrán, particularmente dañino, de un veneno altamente virulento. Un vehículo de muerte, reptando perezoso por encima de mi abdomen...

El sudor pareció estallar dentro de mí, derramarse pegajoso por mis poros. Intenté moverme. No pude. Nadie puede moverse cuando las ligaduras aprietan tanto, cuando el cuerpo y las extremidades de uno están ligados a la cama, cuando solamente la cabeza tiene animación, por el solo movimiento del cuello, por un leve, limitado movimiento, por el simple juego de una garganta, de unos pocos músculos y tendones en completa libertad que permitían a la cabeza girar de un lado a otro, abatirse sobre la almohada, húmeda de sudor, o erguirse un poco, en marcha implacable sobre mi propia piel.

Sentía las patas del animal, rozándome cosquilleando mi piel fría. Era un roce demoníaco, suave y horrible a la vez. Era el roce de las pisadas cautas y heladas de la propia muerte. Una suerte particularmente lenta, dolorosa, e inflexible.

Conocía la especie de aquel escorpión. Yo conocía mucho la fauna de aquellas latitudes. Posiblemente en otro lugar, todo se reduciría a una hinchazón a un ligero envenenamiento, que me daría fiebre alta, escalofríos y dolores, pero nada más.

Lo peor era eso. Que conocía la especie, que sabía la clase de alacrán que habían arrojado sobre mi cuerpo inmóvil. Era la Muerte. Sencillamente, la muerte enfundada en el ámbar pálido y lustroso de un cuerpo diminuto de cola erguida, vibrante, malévola, a punto de soltar el aguijonazo de muerte.

Allí tendido, abandonado a mi suerte, con el terrible pequeño

monstruo sobre mi cuerpo semidesnudo, solamente cubierto por el corto pantalón Bermudas de vivos colores, había sido virtualmente entregado en brazos de la muerte. El aguijonazo volcaría un veneno activo e irritante en la sangre. Un veneno doloroso, que lentamente, extendería la parálisis por el cuerpo, hasta llegar al corazón, a los centros nerviosos...

Un tratamiento oportuno, inmediato y urgente, un antídoto y una serie de cuidados resolverían esa situación en cuestión de minutos y salvarían mi vida. Pero ¿quién iba a hacer tal cosa allí, en aquel lugar desierto, en aquel punto al que nadie podía llegar en horas, acaso en días o semanas, abandonando a merced de un enemigo implacable e insensible, que dispararía el dardo de muerte en cuanto yo hiciera el más leve movimiento, la más ligera crispación. Y si no era así, cuando alcanzara mi rostro cuando pisaran sus patas amarillas y brillantes mi cara el más leve e involuntario tic nervioso desencadenaría el caos.

Si no me movía, si lograba resistir lo irresistible y soportar lo insoportable, siempre quedaría el riesgo de mi boca, de mis ojos. Si aquel animal rozaba mis párpados mi globo ocular o bien mis labios, sabía que el asco mi invencible repugnancia, me jugarían la mala pasada de romper mi inmutabilidad, la rigidez patética y desesperada.

Y entonces, al leve roce, a la contracción de la piel sudorosa, al alacrán atacaría.

Atacaría de modo inexorable. Su punzada, su aguijonazo, allí, a bordo del yate solitario, perdido en alta mar, flotando perezosamente bajo la luz esplendorosa del trópico sería el mensaje mortal contra el que no había posible defensa en esa posición favorable para que el veneno circulara libremente por el cuerpo y alcanzase el corazón, paralizándolo definitivamente.

Alrededor del yate abandonado, solo el mar. Una extensión, inmensa de agua azul deslumbradora, un llano sin oleaje, sin embarcaciones, lejos de tierra...

Un cuerpo humano abandonado a su suerte. Ligado a una litera. Con un escorpión de Centroamérica, altamente venenoso, situado encima del cuerpo, reptando con lentitud, moviéndose con escalofriante calma, con total indiferencia por todo, como burlándose de aquel cuerpo vivo que le servía de alfombra blanda,

muelle y amable.

Casi podía ver el rostro del escorpión, su maligna mirada, el movimiento cadencioso de sus patas, el brillo entre dorado y ambarino de su piel tirante, tersa como escamas formando el juego, las articulaciones del animal venenoso, recordando lejanamente a crustáceo de cáscara translúcida.

Quería temblar, necesitaba temblar, pero ni siquiera me atrevía a eso, tal era mi terror a que el pequeño monstruo agitara su mortífera cola e hincara el aguijón de muerte en mi piel, precipitando mi sentencia inapelable.

Cerré los ojos, ahora que todavía era tiempo, porque el movimiento leve de los párpados escapaba a la sensibilidad del alacrán, entretenido en deambular sobre el vello del torso, como si juguetease en una especie de césped vivo y húmedo. Cuando bajé los párpados, sentí que las gotas de sudor corrían hasta mis pestañas y goteaban luego por la cara o bien se deslizaban lateralmente, a lo largo de los pómulos, hacia los oídos. Algo de sudor penetró en mis ojos. Era irritante. Sentí deseos de llorar, por simple reflejo nervioso.

Apreté los labios. Tragué saliva.

El escorpión iniciaba la subida. Había enfilado la ruta huesuda, entre los músculos vigorosos, tensos que brillaban con el sudor como si llevara una capa de grasa encima del cuerpo. Subía recto hacia mi garganta, hacia mi rostro crispado, lívido, conmovido con el rictus del horror, de la angustia hacia lo inevitable y fatal.

La luz del sol, filtrándose en rabiosas tiras por las rendijas de la persiana color verde de las ventanas de mi litera, brilló como oro puro en la piel dura y resbaladiza del temible alacrán.

Sus patas se movían con extraño cosquilleo sobre la piel ardorosa. Resbalaban a veces sus cuatro pares de patas, situadas tras las pinzas del animal. Pero mantenía curiosamente el equilibrio, en una dura, inexorable lucha contra todas las posibles dificultades para llegar al rostro mío inmovilizado, atado al lecho por aquellos que querían mi muerte definitiva y segura. Pero que habían apelado, en vez de a los métodos vulgares y violentos, el más lento, pero igualmente implacable, e infinitamente más cruel, de dejarme abandonado allí a una suerte que no podía eludir ante el temido arácnido venenoso aquel ejemplar temible del trópico

americano al escorpión de más de quince centímetros de longitud, propio de la hoya amazónica, y bastante numeroso en cualquiera de aquellas zonas.

Lenta, muy lentamente, iba avanzando, subiendo sobre el tórax. Alcanzó el arranque de la laringe. Hundió muellemente sus patas en el hueco de la garganta, y allí pareció curiosear, incómodo e inquieto, la natural e inevitable vibración del pulso.

Yo no podía evitar mi pulso, la vibración pausada y rítmica de mi sangre, corriendo cada vez con mayor impulso y más excitación por mis venas y arterias, ante la amenaza tremenda suspendida sobre mi piel. Temía que ese solo movimiento, esa levísima pulsación enfurecida y atacase. El aguijón temblaba, elevándose como una antena estremecida. Cuando cayera, súbito, el aguijón de su telson o cola punzante, penetraría un estilete mortal en mi piel, e inyectaría su veneno mortal en mi sangre.

Empezó a moverse de nuevo, tras aquella pausa escalofriante. Su extraña faz de arácnido se aproximó más a mí, a mi rostro tenso, a mi mirada. Era una cabeza maligna y fea la que insensiblemente se acercaba a la mía, en un careo terrible y mortal.

Sentí sus patas subir decididamente por mi garganta, remontar el bulto leve de mi nuez, que por fortuna no se movió, sólo porque dominé mi afán desesperado de tragar saliva. Ni aún a eso podía atreverme en esta situación.

Pareció dudar ante la pared difícil de mi mentón adelantado, crispado. Evidentemente le parecía incómodo subir a él, y lo eludió astutamente. Pero sólo para dar un rodeo, moviéndose sobre mi garganta empapada de sudor, para ir a pisar mi cara, mis mejillas, justamente tras escalar fácilmente las mandíbulas, tensas como cables de acero.

No respiraba siquiera. Mi cuerpo febril temblaba y mis ojos se dilataban fijos en aquel cuerpo pequeño y malvado, brillante y exótico cuya proximidad a mis ojos hacía que lo viese de un dorado intenso, con sus articulaciones o segmentos como modelados en un plástico palpitante, repulsivo. Incluso su ligero vello de arácnido parecía brillar al sol, como hebras de oro sobre la rara epidermis, dura y flexible a la vez.

La transpiración era copiosa ahora y molesta al animal, que parecía irritado por lo resbaladizo del terreno. Se acercó a mí, a mis

ojos, a mi mirada desorbitada de horror, casi patinando sobre la piel sudorosa, brillante, de líquido pegajoso y frío entre sus patas, deslizándose hacia mis cabellos mojados, hacia la sábana que notaba empapada bajo mi cuerpo vencido por el miedo, la angustia y la evidencia de la muerte inmediata.

Una de sus malditas patas se fijó en mi párpado. Cosquilleó mi piel, mis pestañas, e incluso el borde de mi ojo. Sintiendo un tirón en mi ojo, notando que lloraba, dominé la invencible sensación, la necesidad angustiosa de cerrar los ojos. Creo que jamás un hombre ha visto tan cerca, tan inmediato, tan encima de sí, el rostro diabólico de un diminuto ser que significaba la muerte cierta. Creo que la proximidad del escorpión fue para mí como la vecindad de un ser de otro mundo, de un exterminador monstruoso, llegado de otras lejanas galaxias.

El alacrán avanzó un poco más. Esperanzado, pensé si remontaría mi cara, si subiría a mis mojados cabellos y de allí se iría definitivamente, reptando sobre la almohada.

No fue así. No podía ser así porque ese era mi destino. Y el maldito animal hizo lo peor que podía hacer en ese momento. Apoyó su cola venenosa en mi nariz, y otra pata en mi ojo opuesto.

El cosquilleo nasal, la irritación y el dolor que significaba mantener los ojos abiertos hicieron que el desastre llegara.

Llorando de rabiosa exasperación por mantenerse quieto, traté de no estornudar, de no toser. Lo logré sólo a medias. El aliento escapó violento por mis fosas nasales y al mismo tiempo mis párpados crispados, cedieron, cerrándose.

El alacrán saltó atrás vivamente. Lo sentí correr por mi cara.

Y sentí el latigazo de su cola, el súbito aguijonazo de su telson sobre mi cara junto al ojo derecho.

Grité. Grité agudamente, agité mi cabeza, porque ya no importaba nada y él no podía hacerme por ello más daño.

Salió despedido el pequeño monstruo de muerte, yo sentí que la oleada de veneno penetraba en mi sangre tumultuosamente, por el punzón abierto en mi cara y chillé, chillé de forma prolongada, bañado en sudor, forcejeando con mis ligaduras que, de súbito estúpida e inesperadamente se habían roto, dejando mi cuerpo en libertad, permitiéndome permanecer ahora erguido, sentado en el lecho, gritando sin parar, en el paroxismo de mi desesperación

mientras el culpable, el diminuto asesino viscoso, huía rápido por el piso, perdiéndose hacia el corredor donde se hallaban las tres cabinas y la cocina y almacén de mi yate...

Solamente entonces, cuando abrí bien los ojos y vi mi cabina en sombras, la luz luna penetrando por las rendijas de la persiana y la oscuridad de las penumbras nocturnas en torno mío cuando descubrí que mi cuerpo bañado en sudor estaba igualmente semidesnudo pero libre por completo de toda clase de ligaduras, cuando comprobé que el escorpión ni siquiera existía, supe que una vez más había tenido un mal sueño.

Supe que todo era una pesadilla, simplemente y que mi sangre no había recibido veneno mortal alguno.

* * *

El mar aparecía sereno, liso como un espejo.

Arriba, en el cielo estrellado, la luna era como una enorme moneda de plata suspendida sobre aquel espejo donde se reflejaba haciendo sorprendentes juegos de luces.

Suspiré apoyado en la borda. Tiré el cigarrillo al mar, y su braza se extinguió en un chisporroteo imperceptible.

La noche era cálida, agradable. Era un calor tibio aquel de alta mar, no como el bochorno caliente de tierra firme en las noches del trópico. El leve aire, apenas un soplo. La brisa olía a yodo y salitre a mar y a roca.

De vez en cuando, los perfiles de algún islote eran como fantasmas oscuros furtivos al rumbo del pequeño yate, que se perdían en la distancia, a mis espaldas, a popa del "Tampico".

Caminé por la cubierta, hasta el timón. El piloto automático mantenía invariable el rumbo del pequeño yate.

Me acomodé junto al timón. Contemplé la estela del agua, hendida por la blanca proa del "Tampico". Las aguas se quebraban, abriéndose en dos surcos de espuma, como una tierra arada, que vuelve a cerrarse cuando el filo del arado siguió delante.

Estiré el brazo. Tomé la guitarra perezosamente. Templé sus cuerdas un momento.

Entoné algo viejo, algo familiar algo de siempre: [1]

"When the stars were bright,
You were mine alone.

My Love for you cannt die,
thoygh the ocean runs dry,
Or heavens fall from the sky
now you are gone...
Bahia, can you hear my lonely call,
make my life complete again..."

CAPITULO II

Estaba pensando en eso todavía, mientras me hallaba en la cubierta del "Tampico" vigilando la noche y la soledad del islote. Lo pensaba aún, mientras ante mí continuaba sin abrir aquella pequeña bolsa de piel.

No había soltado mi revólver, a pesar de que estaba solo en el islote. Solo... con el muerto. Pero nunca he tenido miedo a los muertos. Ellos no pueden hacer nada. Son los seres vivos los que me preocupan.

No parecía haber ninguno, aparte de mí mismo. Pero evidentemente, el hombre asesinado no llegó allí a nado ni tampoco volando. La distancia a cualquier otra isla, excluía la posibilidad de una travesía nadando. Algo debió conducirlo allí, una embarcación de cualquier tipo. Alguien iría con él también. Por lo menos... su asesino.

Ahora, tras una rápida exploración al islote, podía estar seguro de que el criminal o era invisible, o no se hallaba en Lomo de Caimán.

Mi búsqueda no fue infructuosa. Por lo menos había encontrado la bolsa.

La bolsa tenía conexión con el hombre muerto. La prueba era sencilla. La camisa del hombre llevaba unas iniciales: F. R. la bolsa, aunque más borrosa lucía idénticas iniciales en su parte superior: F. R.

Era como esas bolsas que se utilizaban para guardar tabaco en hebras, antiguamente se utilizaron muy similares para llevar monedas de oro. Cerraba su boca con el cordón del mismo color de la piel, rematado en dos gruesos nudos.

No sabía aún lo que contenía. Acababa de encontrarla en una zanja, a unas yardas tierra adentro, del lugar donde hallara el cadáver. La había tomado conmigo, llevándola al yate. Y ahora, iba

a saber cuál era su contenido, por si en algo podía relacionarse con el crimen.

Con la bolsa en mi mano, reflexioné aún, mirando hacia donde estaba todavía el hombre asesinado.

Le había examinado muy por encima. Pero me bastó para advertir que era un hombre de mediana edad, llevaba ropa de calidad, como su camisa de seda, su pantalón de hilo de la mejor clase, zapatos nuevos, de hechura selecta, un reloj de oro y pulsera de igual metal una cadena de identificación, gruesa, con una placa pesada también en oro y un anillo con una piedra preciosa, en el dedo anular de su mano derecha.

No llevaba documentos encima. Solamente aquellas iniciales, F. R. sobre la seda de su camisa, bordadas en azul.

El muerto era de tez morena, bronceada por el sol y el aire, el color peculiar de las personas habituadas a moverse en el trópico. Tenía estatura mediana y no era mal parecido. Su cabello oscuro, tenía numerosas salpicaduras canosas. Nunca lo había visto antes de ahora, ciertamente, y me pregunté qué pudo llegar a hacer en aquel islote, y cómo le siguieron o acompañaron para asesinarle en semejante lugar.

Claro que de no mediar la coincidencia de mi escala nocturna en aquel punto, podría haber pasado años sin ser descubierto el crimen. Y cuando ello hubiera sucedido, evidentemente todo lo que se hallaría sería un esqueleto.

Calculé que, por la rigidez del cuerpo y el aspecto general de su piel, que empezaba a agrisarse ya, cosa que confirmaba el fuerte hedor que el cadáver despedía, llevaría allí dos o tres días sin vida. El sol del trópico descompone rápidamente los cuerpos muertos. Y a veces, pensé con ironía incluso los vivos...

Un crimen reciente, teniendo en cuenta las circunstancias, altamente favorables al asesino que abandonó allí el cuerpo. ¿Motivos posibles del crimen? Era imposible deducirlos, y no creí tampoco que fuese precisamente tarea mía. Volví a contemplar la bolsa. La agité en mi mano. Lo que contuviera, fuese lo que fuese, pesaba considerablemente.

Abrí la boca de la pieza de piel. Cedieron los cordones y por el hueco saltó su contenido sobre la cubierta del yate.

Fue como derramar una docena de lunas esplendorosas,

idénticas a la que brillaba en el cielo pero todavía más deslumbrantes.

Contemplé con sorpresa aquellas piezas faceteadas, dando vueltas sobre las tablas de la cubierta. Tuve que poner un pie, para evitar que rodasen demasiado lejos.

Se quedaron allí quietas, como fragmentos de un mágico espejo quebrado, capaz cada trozo de reflejar, por sí solo, toda la luz de los mundos celestes. Y yo, estúpidamente fijo en todo ello, como el personaje aturdido de una fantasía oriental o de un cuento de hadas.

No eran trozos de espejo, ni siquiera vidrios centelleantes, de facetado asombroso. Eran naturalmente, diamantes.

Diamantes de gran tamaño. Piezas soberbias, singulares, casi únicas al menos junto a las que yo había visto hasta entonces. Y son muchas las cosas ilegales que he visto desde que estoy en el Caribe. Naturalmente, entre lo ilegal, cuentan ustedes las piedras preciosas, el oro, las drogas, y todo lo que se les ocurra.

Pero aquellos diamantes eran sorprendentes. Una docena de piezas de tamaño y pureza fuera de lo corriente. Una fortuna en gemas. Por mucho menos de la quinta parte del valor de aquel tesoro, se ha matado a más de un hombre.

Y tal vez, ahora, esos diamantes me estaban ofreciendo, como una muda respuesta, la razón por la que otro hombre había sido asesinado.

Más allá de dos millones de dólares en diamantes, son un buen motivo para cometer un homicidio en un desierto islote, perdido entre los archipiélagos del Caribe.

* * *

Me quedé mirando a mi alrededor, pensativo. Creo que había hecho todo lo que era posible hacer. Esto era mejor que dejarle allí bajo la luna o bajo el sol, pudriéndose lentamente al aire libre, entre unos matorrales, como si fuese una alimaña salvaje.

Ahora, al menos, reposaba en un lugar adecuado. Quizás el mejor dadas las características del lugar donde hallara el cadáver del desconocido F. R.

Unas piedras lo suficiente voluminosas, en un saco de provisiones vacío, que saqué entre mis pertenencias, había sido buen lastre para F. R.

El hombre se hundió mansa, suavemente, entre las aguas, cuando la luz del día estaba apuntando ya en la distancia, allá al Este, viniendo del Atlántico, de Europa. Creo que incluso tuve la sensación de que su modo de sumergirse, con el lastre atado a su cuerpo fue amable, agradecido para mí, que le proporcionaba al menos la más hermosa y profunda de las tumbas, la fosa que guarda a tantos muertos, sin cruces ni lápidas: el mar...

Me sentí mejor, aliviado. No podía hacer otra cosa por el infortunado personaje. Avisar a las autoridades y llevarlas a la isla rocosa y pequeña, era una tontería. Además nunca he sido demasiado buen amigo de las autoridades. Sobre todo, en estos últimos años.

Dudaba mucho de que la policía pudiese esclarecer aquel asunto. Por pronto que yo avisara y ellos llegaran a examinar el escenario del extraño crimen, la descomposición sería ya casi total, y los posibles y problemáticos rastros, habían desaparecido sin duda alguna.

Dos cosas conservaba yo en mi poder ahora. Dos cosas del muerto. Una, al menos, la que contuviera la bolsa de piel con sus iniciales: doce diamantes de valor incalculable. La otra, era de un tono mucho más siniestro: el cuchillo con la empuñadura de hueso, tallada con un desnudo exuberante de mujer.

Podían ser dos posesiones sumamente comprometedoras, pero confiaba en que mis recursos fueran también válidos esta vez, para impedir que nadie encontrara en mi poder semejantes objetos.

Más tranquilo, ya enjuagué el sudor de mi frente y me puse en pie, caminando hacia el timón. Levé el ancla y puse el motor en marcha. Partí del islote Lomo de Caimán en dirección noroeste, que era la que llevaba ya la noche antes, cuando anclé en el lugar del crimen.

El sol pronto asomaría por el horizonte. El cielo se teñía ya de un naranja intenso allí donde flotaban unas nubecillas dispares. La temperatura, fresca en la madrugada comenzaba a aumentar rápidamente.

El "Tampico" parecía también más descansado que antes. Como si la noche hubiera sido un reposo para él. Palmeé el timón, sonriente. Era un buen amigo. El único amigo que tenía en el mundo, posiblemente. Mi "Tampico" y yo. Un yate pequeño, poco

mayor que una lanza motora, y un hombre. Extraña amistad. Pero el que conozca el mar, sabe lo que digo. El que haya estado en los trópicos, moviéndose entre los cayos, los archipiélagos y las grandes islas de las Indias Orientales, todavía lo sabe mejor.

Dirigí una mirada atrás. En el azul fantástico del mar al amanecer, se perdía ya el islote con su historia imposible de averiguar. La historia de un asesinato, de un hombre muerto quizás por una fortuna en diamantes que nadie había sabido encontrar. Un desconocido personaje moreno de piel, con las iniciales F. R. por nombre conocido abandonado por su asesino o asesinos en un rocoso islote difícil de encontrar por los viajeros del Caribe y más difícil aún de visitar, dada su nula importancia y su absoluta ausencia de vegetación, de alimentos, de agua potable y de todo lo que significa vida.

Volví a dedicar toda mi atención al yate. El líquido elemento, pulverizado, caía contra su rostro, violento y vivificador. Una caricia marina que se llegaba a agradecer más que ninguna otra cosa en el mundo, cuando la temperatura era tórrida, el sol abrasaba la piel, e incluso la superficie del Caribe era como la de un inmenso recipiente de agua a punto de ebullición.

Enarqué las cejas, sorprendido, apenas había puesto mis ojos en la superficie azul donde el sol empezaba ya a poner tintes rosáceos. Miré intrigado hacia el horizonte.

La embarcación había surgido de repente, alterando la fisonomía inmóvil del mar y la soledad absoluta del paraje. Esa súbita aparición, indicaba su velocidad considerable

Venía en dirección opuesta a la mía. Si mantenía esa velocidad, nos cruzaríamos en un corto espacio de tiempo. Tan corto, que apenas serían unos minutos, pese a la distancia entre ambas embarcaciones.

Me intrigué. No era zona demasiado frecuentada aquella. Yo huyo siempre de las rutas habituales, salvo aquellas que recorren los pescadores isleños. Y aquellas embarcaciones que se aproximaba no tenían nada de pesquera. Era una excelente rápida y ligera canoa a motor, de modelo reciente, indudablemente lujosa, como las que utilizan los deportistas acaudalados en las playas de Miami.

Cuando la distancia entre ambos se había reducido considerablemente, capté las señales.

Estaban manejando un reflector marino o quizás un espejo, era difícil definir eso dado la fuerza con que estaba empezando a asomar ya la luz solar, deslumbrándome. Pero sí entendí a la perfección las señas en Morse, a base de centelleos largos o cortos espaciados debidamente. Lo fui deletreando, sin dejar el timón de mi pequeño yate.

—P-o-r f-a-v-o-r... r-e-d-u-z-c-a m-a-r-c-h-a... N-e-c-e-s-i-t-a-m-o-s a-y-u-d-a.

Lo repitieron por dos veces, en previsión. Yo tomé un espejo. Hice los reflejos de respuesta rápidamente, repitiéndolos también, para lo que entendieran:

—C-o-n-f-o-r-m-e.

La respuesta de ellos no se hizo esperar.

—G-r-a-c-i-a-s.

Continuamos ambos la marcha. Cuatro o cinco minutos después, ellos detenían casi totalmente su motor, y yo el mío. Nuestras bordas se enfrentaron, al cruzarse ambas embarcaciones.

Me sorprendió la mujer. Ella era quien se asomaba a la borda. Detrás, un hombre se limitaba a ser como testigo de la escena. Otro hombre, manejaba el volante de la canoa motor, tras un parabrisas de vidrio semicircular.

La mujer agitó sus manos, hablando en correcto español:

—Buenos días, señor. Disculpe que le hayamos molestado.

—Buenos días, —contesté, pensando que su leve acento, pese a la corrección del castellano empleado, denotaba un origen sajón. Sin embargo no traté de responderle en su idioma. Ella debía confundirme con algún latino-americano, a causa del color atezado de mi piel y el oscuro de mis cabellos. No hice esfuerzo alguno por disuadirla de eso. Me tenía perfectamente sin cuidado lo que creyeran los demás.

—Al principio pensé que sería usted un pescador —comentó ella, mirando mi yate— Ahora veo que me he equivocado. Lamento haberle hecho parar su motor.

—No tiene importancia —repliqué siempre en español, que en mis labios era tan correcto como en los suyos, pero mucho más fluido— ¿Qué clase de ayuda necesita, señorita?

—Señora —rectificó ella suavemente, con cierta sequedad en el tono— No crea que tengo ningún fallo técnico a bordo.

Sencillamente, preciso que me oriente usted, si le es posible. Solamente un pequeño informe, para no perder demasiado tiempo en estas aguas.

Mientras ella hablaba, la contemplé con sumo interés. Era una mujer digna de ese interés, ciertamente. De modo deliberado, dejaron de preocuparme los dos individuos que la acompañaban, ambos jóvenes y vulgares, de aspecto atlético y expresión taciturna, para centrarme exclusivamente en ella.

La dama poseía una cabellera negra como el azabache, de cabello liso y flequillo frondoso, uno dudaba si sería su propio pelo o una de esas costosas pelucas que ahora llevan las mujeres de todo el mundo y que tan bien han venido a las mujeres de color para ocultar el rizado rebelde de sus cabelleras, convirtiéndolas en algo mucho más atractivo.

Bajo los cabellos negros, rozando el extremo del flequillo las cejas igualmente oscuras y bien delineadas, sobre los relampagueantes, inteligentes y vivos ojos jaspeados, que uno no sabía si eran grises, pardos o dorados, y que posiblemente fuesen un poco de todo eso.

El cuerpo era sensacional, al menos lo que se podía vislumbrar sobre la borda. Y además, sabía realzarlo. Aquella especie de chaquetilla liviana, de botones dorados que recordaba el atavío de un pirata, se ceñía a sus formas endiabladamente. Los brazos desnudos, eran bronceados y mórbidos. El cuello, esbelto, el inicio del torso, de una sorprendente perfección y arrogancia.

La visión terminaba en la cintura, muy alegre dejando adivinar ya el inicio de unas caderas voluptuosas y marcadas, que alguna prenda debía ceñir. Pensé que era uno de esos pantalones bermudas o casa parecida, pero la borda de la canoa a motor no me dejaba comprobarlo a ciencia cierta.

Esa era la dama. Una bomba morena de gran poder explosivo. Su contemplación, aunque prolongada de referir, había sido breve e intensa. Así cuando ella terminó de explicarme que sólo buscaba orientación, yo había recorrido ya cuando era posible recorrer de aquel rostro y aquella anatomía sorprendentes.

Y le pude responder oportunamente, sin que ella se diera demasiada cuenta de mi interés por su apariencia. O al menos, sin pecar de incorrecto:

—Conozco bien esos lugares. ¿Qué busca, en realidad?

—Me han hablado de unos islotes unos pequeños promontorios que forman una especie de archipiélago poco visitado... —explicó ella— Me gustaría llegar a ellos. Motivos profesionales, ¿comprende?

Y para que comprendiese, se inclinó tras la borda. Reapareció con una cámara fotográfica provista de teleobjetivo y también una excelente tomavistas cinematográfica.

—Entiendo —asentí.

—Programas de televisión de interés general, sobre todo turístico —sonrió ella— Debo fotografiar ese archipiélago tan poco conocido, señor. Me gustaría poderlo hacer a plena luz del sol, y terminar la tarea lo antes posible.

—¿Qué archipiélago es, exactamente?

—Me dijeron que se llama... las islas de la Iguana. Creo que no están sino en los mapas muy amplios y minuciosos.

Asentí, con un leve estremecimiento. Las islas de la Iguana. Islotes arrecifes y cosas así simplemente. Uno de ellos era el Lomo del Caimán. Resultaba curioso que de repente todo el mundo pensara en visitar las islas de la Iguana. Que, como ella muy bien decía, en contadísimos y muy detallados mapas se pueden encontrar localizadas con su nombre y todo quizás más como aviso al navegante que por otros motivos.

—Le indicaré su posición exacta —afirmé— Pero creo que sus telespectadores no van a sentirse nada fascinados por el reportaje.

—Lo imagino —suspiró ella— Sin embargo, cumplo órdenes. Los de televisión siempre creen saberlo todo mejor que nadie.

—Sigán el rumbo actual durante cosa de tres o cuatro millas. Luego, viren cosa de cinco grados en dirección sudeste. Manteniendo ese rumbo, terminarán por encontrar algunos de los islotes del archipiélago que, por cierto, están muy separados entre sí.

—Gracias —sonrió ella con una dentadura blanquísima e igual al distender aquellos labios carnosos y profundamente sensuales, como toda ella— Veo que conoce bien estos parajes señor. Ha sido una suerte encontrarle.

—Otras veces me ocurrió a mí lo mismo —sonreí— Y tuve que pedir ayuda a los pescadores o a los turistas. Creo que todos hemos

de ayudarnos un poco, señora.

Ella agitó su mano. Habló algo con su acompañante más cercano, que asintió yéndose hacia la única cabina cubierta de que disponen ese tipo de embarcaciones. La canoa empezó a aumentar de velocidad. Oí su voz, por encima del ruido del motor:

—Adiós, amigo. Y gracias otra vez...

Se alejaron. Ella aún agitó su brazo dos o tres veces, en saludo agradecido y yo respondí antes de reanudar mi marcha en dirección a las Islas Caimán que era adonde y me dirigía ahora.

Exactamente a Pequeño Caimán, a Puerto Tortuga.

La canoa se perdió en la distancia, hacia los islotes de la Iguana. Pensé en la mujer. Estaba seguro de que ella llevaba pantalones bermudas rojos. Y que se ceñían mucho a sus piernas.

Sacudí la cabeza. No debía pensar en esas cosas. No era adecuado pensar en mujeres ahora. Ni siquiera en una como aquella.

Me pregunté mentalmente si era lógico que una emisora de televisión pensara en hacer un reportaje de un lugar tan feo y carente de atractivos como aquel archipiélago de peñascos dispuestos en el mar. No tenía mucho sentido eso, pero ella llevaba cámaras tomavistas... No tenía por qué mentir.

Arrugué el ceño. Yo había visto a bordo algo más que cámaras, ahora podía recordarlo bien. El hombre del volante, llevaba una pistola automática en su cintura. Y el otro acompañante de la mujer al entrar en la cabina, había tomado un objeto que a través de los vidrios de sus ventanas, me pareció un fusil con mira telescópica o algo así.

Habían sido dos observaciones instintivas, a las que de momento no presté gran atención porque cada cual puede llevar las armas que quiera a bordo de su embarcación si piensa que los mares que recorre encierran peligros.

Pero aún así, algo me chocaba en todo aquello. Una mujer hermosa a bordo de una canoa a motor, buscando unos islotes sin interés para nadie... Uno de esos islotes, Lomo de Caimán con un crimen cometido recientemente en él... y hombres armados, como escolta de la bella. Guardaespaldas acaso.

¿Tenía todo eso alguna conexión entre sí? ¿Estaban buscando los diamantes perdidos? ¿O simplemente seguían la pista de un hombre

llamado F. R.?

¿O, en verdad, era una operadora de televisión, lanzada a una tarea de encargo para un programa de curiosidades geográficas?

Sinceramente, no sabía a qué atenerme. Era difícil afirmar o negar algo. Pero de cualquier modo, sí podía asegurar una cosa, en mi fuero interno.

La sospecha estaba dentro de mí en mi mente.

Tal vez el hallazgo de un hombre asesinado y una bolsa de diamantes valiosísimos era solo el principio de algo.

Algo que no me gustaba absolutamente nada.

CAPITULO III

Agoté la botella con refresco. Tiré el casco por la borda, y acerqué el "Tampico" a tierra. Elegí el embarcadero sur. Era el habitual. Anclé entre un pesquero y un pequeño transporte isleño.

—Hola, Ed —me dijo alguien, agitando una mano entre el cordaje de un pesquero.

—Hola —respondí.

—¿Ya de vuelta, Ed? —preguntó otro.

—De vuelta, sí —asentí, caminando por el suelo de tablas, resbaladizo y húmedo siempre con olor a pesca, sobre todo a tiburones descuartizados, de los que salían luego los aceites, las diversas aplicaciones del animal, y sobre todo, las cotizadas, exquisitas aletas para la sopa de los buenos gourmets.

—¿Cómo fueron las cosas esta vez, Ed? —preguntó una mulata, apoyada en la puerta de la cantina de Killey, "El Negro".

—Como siempre —respondí— Ni una maldita sirena por esos mares. Desde que Ulises se fue del mundo no sé lo que ocurrió de ellas, que nunca salen a la superficie... Bueno vi una sirena pero esa no llevaba cola de pez —comenté recordando a la dama de la lancha de motor.

La mulata me dijo algo picaresco sobre las sirenas que no tienen cola de pescado, pero fingí no escucharla. Creo que ella tenía razón en eso, aunque lo que buscaba es que me quedase con ella en la cantina. No tengo nada contra las mulatas, naturalmente. Nunca tuve prejuicios, y allí menos que en ninguna parte. En el Caribe, todos éramos iguales como hermanos de una gran familia, en los que la piel tenía escasa importancia.

Pero yo quería ver a otro muchacha tan mestiza como ella, aunque de tono menos oscuro y de modales menos insultantes. Una joven muchacha que me estaría esperando. Una buena compañera en la soledad de mi vida.

Crucé el embarcadero. Las calles eran empinadas desde allí. Subían las pendientes naturales del Pequeño Caimán, desde la herradura, que entre dos promontorios, formaba Puerto Tortuga, abrigando en sus muelles a los pesqueros cubanos, jamaíqueños o de cualquier otro lugar del Caribe, pese a que no había sido nunca un puerto importante, ni su población mucho más que un villorrio de callejuelas empedradas empinadas y sinuosas de edificaciones encaladas, de cantinas, almacenes, y salazones de pescado y poca cosa más. Como casi todo el archipiélago de las Caimanes, vivía de la caña de azúcar, los cocoteros y el ganado, aparte la pesca de grandes tortugas y el negocio de las pieles y aletas y aceites de tiburón.

Pasé junto al puesto de frutos tropicales de Pierre, el Haitiano. El viejo negro me saludó con su amplia sonrisa de dientes amarillos por la nicotina.

No había visto al hombre. Él sin embargo sí me vio a mí.

Estaba apoyado junto al puesto frutero de Pierre, el Haitiano. Con las espaldas junto a un muro en el que se había pegado el cartel de la vieja película de Gary Cooper, posiblemente el último grito cinematográfico en la destartallada sala única del pueblo.

Comía fruta, con delectación. La pulpa jugosa escapaba de entre sus labios delgados y chorreaba por sus comisuras. Vestía de blanco, como casi todo el mundo en aquellos sitios. Pero su traje era demasiado nuevo y limpio para lo que uno estaba habituado a ver.

—Usted es Ed —dijo— Ed "Ojos Verdes". O Ed, el Solitario.

Me detuve. No había hecho pregunta alguna. Había afirmado, simplemente.

—Sí —afirmé— Soy yo.

Se quedó mirándome. Y yo a él. No dejaba de comer fruta, hincando sus dientes menudos en la pulpa blanca y azucarada. No era un mulato. Ni siquiera un blanco.

Aquel hombre era oriental. O mestizo de orientales. O lo que fuese.

Tenía la tez aceitunada. Ojos rasgados, pómulos acentuados, nariz achatada pelo grasiento, oscuro y lacio, pero abundante y peinado hacia atrás.

Podía ser hawaiano, japonés o chino. Nunca estuve fuerte en esas razas ni sé distinguir a unos de otros fácilmente.

—Me dijeron que usted es Ed —prosiguió impasible el oriental.

—Le informaron bien. Aquí todo el mundo me conoce.

—Ya lo he notado —los ojos almendrados me estudiaron maliciosos, entornados, como en una sonrisa— Pero usted no es de aquí.

—Muchos no somos de aquí. En este lugar recala mucha gente de otros lugares. Es un buen sitio.

—¿Bueno? —Miró a su alrededor, pensativo. Sacudió la cabeza, de un lado a otro— Me parece horrible.

—Cada cual tiene su opinión —me encogí de hombros y seguí mi camino— Buenos días.

—Espere —Me atajó su voz, secamente, a espaldas mías.

Lo dijo tan vivo, tan cortante, que me detuve. Giré la cabeza.

—¿Qué quiere ahora? —dije.

—Cuando le expliqué antes que alguien me había dicho que usted era Ed, olvidé decirle que yo había preguntado antes por Ed.

Seguía comiendo su fruto, imperturbable. Unas gotas de pulpa salpicaron su camisa pero ni siquiera hizo caso.

—Debí imaginarlo —asentí— Pero usted no se refirió a ello para nada.

—Cuando vi entrar su yate en la bahía, pregunté de nuevo. Me lo confirmaron. Era usted que regresaba. Por las señas, sabía que ese era el "Tampico". Pero quería estar seguro.

—¿Para qué tanta seguridad? —le estudié, inquisitivo.

—Sólo hay un motivo por el que yo esté ahora en Puerto Tortuga —suspiró él— Ese motivo, es usted.

—¿Yo? —empecé a sentirme un poco preocupado. Si aquel hombre no hubiera sido oriental yo hubiese temido algo concreto, algo que me parecía ya muy lejano. Pero quizás esto fuese peor. Ni siquiera sabía lo que andaba buscando él.

—Sí, Ed. Usted es el hombre que andaba buscando. Le estuve esperando toda la mañana. Y la noche de ayer.

—¿Tanto tiempo? —Me sorprendí.

—Tanto tiempo. Tuve que dormir en el hotel —se estremeció— Cielos qué hotel.

Sonreí. El Tortuga Hotel no era precisamente el Waldorf Astoria de Nueva York, ni mucho menos.

—No comprendo qué quiere de mí —expuse, tajante.

Él no se dio prisa en contestar. Seguía saboreando aquel maldito fruto como si fuese lo mejor del mundo. Tal vez lo hacía para ponerme nervioso. Lo sentía por él. No iba a conseguirlo.

—Necesito a un hombre exactamente como usted —dijo al fin.

—Exactamente como yo —repetí arqueando las cejas— ¿En qué sentido?

—En todos. Usted tiene una embarcación idónea para mis necesidades. Usted conoce estos mares, estas regiones. Usted es un hombre fuerte y hábil.

—¿Cómo averiguó todo eso? —había cierto sarcasmo en mi voz.

—No hace al caso —se evadió seco— Usted me es necesario, Ed. Otras personas le contrataron ya antes que yo ¿no es cierto? Hizo trabajos para algunos...

—Es posible —me volví muy cauto con aquel individuo de facciones herméticas, como todos los de su raza— Pero alguien tuvo que decírselo.

—En efecto, así fue. También me dijeron que sus trabajos no siempre fueron lícitos.

—¿Qué considera usted por lícito?

—Todo aquello que es legal.

—Legal... —me encogí de hombros— La ley en estos sitios se mide de un modo muy especial. No todo lo que es ilegal en su país, por ejemplo, lo es necesariamente aquí.

—Conozco los trópicos, Ed —sonrió el oriental— Sé que aquí se puede hacer todo o casi todo, sin tener que dar cuentas a nadie. No traté de censurarlo.

—¿Y bien? Habló de necesitarme a mí. Pero no dijo en qué.

—Pagaré bien, Ed.

—Eso aún no aclara nada.

—Recibirá quinientos dólares diarios. Durante un mínimo de cinco días y un máximo de diez. Eso hace dos mil quinientos... o cinco mil. Según vayan las cosas.

—Sigue sin aclararme ninguna cosa. No le pregunté por el dinero.

—No le voy a pedir que haga contrabando de armas para una revolución centroamericana ni tampoco le exigiré que transporte drogas en su yate. No, Ed. Mi trabajo es mucho menos arriesgado que todo eso, créame.

—Sin embargo, cobraré quinientos dólares diarios. Me parece mucho dinero para algo que sea limpio.

—No le dije que fuese limpio. Sólo que no traficará en armas o drogas, los dos delitos más comunes en el Caribe.

—Usted nunca dice nada, a lo que veo. No me gustan los rodeos. Explíquese de una vez por todas, ¿qué tenemos que hacer mi yate y yo?

Me estudió fijamente con sus ojos oblicuos y fríos.

Después respondió:

—Llevar a una mujer lejos de aquí. Eso será todo.

Permanecí quieto, como si no hubiera entendido nada. En realidad, así era. Resultaba poco claro mi cometido. Llevar a una mujer a alguna parte, era cosa que podía hacer cualquier pescador de Puerto Tortuga.

—No está muy claro ¿no? —comenté frío.

—En principio, no —aceptó él, terminando de una vez con su fruta y tirándola al arroyo descuidadamente como hacía todo el mundo allí. Sacó un pañuelo de hilo color crudo y se enjugó los labios, secándose también la barbilla— Cuando se lo explique detalladamente lo verá más claro.

—Bien. ¿A qué espera?

—A que usted acepte.

—¿Debo aceptar, para saber los detalles?

—Forma parte del convenio, sí.

—Entonces, no hay trato. Me gusta saber de antemano lo que hago. Conducir a una dama a cualquier parte, puede hacerlo cualquiera. Hay cargueros, hay pescadores, hay incluso barcos de cabotaje que lo harían gustosos por muchísimo menos dinero.

—Yo he pensado en usted.

—Y yo estoy pensando en otros. Dos mil quinientos es mucho dinero. Cinco mil, es más dinero aún. Cinco días para llevarla o traerla, es mucho tiempo. Diez días, es más tiempo aún. Podríamos llegar a la Tierra de Fuego o cosa así.

—No hay que ir tan lejos. Conforme en que todo se reduce a llevar a la mujer a bordo. Pero hay otros factores que alargan la tarea en unas fechas.

—Si no conozco esos factores, no hay trato.

—Es un asunto delicado, Ed. Prefiero revelárselo a quien sepa

que acepta el trato, no a cualquiera que después pueda perjudicarlo todo. Ella... está enferma.

—¿Enferma? Eso no es una razón. Se puede trasladar igualmente a una enferma o a una persona llena de salud. No afecta a la cuestión.

—Es este caso sí. Ella sufre una extraña dolencia. Un médico la acompaña especialmente designado para atenderla durante su viaje. Todo eso debe hacerse secretamente. Nadie debe saber que ella viaja en esas condiciones, ni que él sea médico. Tampoco debe saber nadie que lleva una mujer a bordo. Abandonará Puerto Tortuga sin revelar a nadie que lleva otro pasajero que yo. ¿Conformes, Ed?

—Sigo sin ver nada claro.

—No necesita verlo —hundió la mano en su bolsillo. Extrajo un voluminoso fajo de billetes de cien dólares. Le vi contar varios. Cinco, diez, quince, veinte, veinticinco. Lo agitó ante mis ojos, tras comprobar con cuidado que nadie nos veía— ¿Qué le parece esto?

—Es una buena suma —asentí— Para mí toda una fortuna.

—Su yate vale dinero. Sólo los ricos se permiten esos lujos, Ed.

—Yo nunca fui rico. Tuve un dinero. Lo gasté en ese yate y me quedé con los bolsillos vacíos. Nunca me arrepentí. Aquí, el dinero sólo sirve para beber buen ron, ginebra o whisky. Y para eso, siempre hay suficiente si se trabaja en algo, siquiera sea dos meses al año.

—Este dinero será suyo, como mínimo. Ahora, si acepta tendrá un anticipo. Diez mil en la mano. Con la condición de que no podrá volverse atrás después. Es definitivo el contrato, Ed.

—¿Tendré que firmarlo ante abogados y notarios? —pregunté, burlón.

—No es necesario —la sonrisa del oriental se estiró glacialmente — Basta su palabra. Diga "sí" y tendrá que ser "sí" a todos los efectos.

—¿Y si faltara a esa palabra? —indagué.

—Moriría, Ed.

No lo dijo en broma. Ni mucho menos. Su tono seco, tajante, revelaba la seriedad de esa réplica. No alardeó de amenazas tampoco. Se limitó a decir eso y callar mirándome con frialdad.

—Entiendo —asentí— Usted no está solo en esto.

—¿Qué le hace pensar eso?

—No me amenazaría así. Un hombre solo no se atreve a tanto.

—¿Está seguro? —indagó, irónico. Y le vi hundir la mano en el bolsillo. Extrajo algo que tapaba con su mano cerrada, dentro del puño. Luego, de repente, sonó un chasquido. Vi brotar una punzante hoja de acero de entre sus dedos, apuntándome con la virulencia con que lo hacía el aguijón de la cola del escorpión de mis pesadillas, retrocedí instintivamente un paso, contemplando aquella hoja azulada, con aire perplejo sin miedo pero con suma prevención. Él se echó a reír y de súbito fue hacia el puesto de Pierre, el Haitiano, pidiendo un fruto tropical. Tiró unas monedas y tomó el fruto. Lo cortó en dos con la hoja. Me ofreció una mitad.

—No, gracias —negué— No me gusta la fruta cuando tengo sed. Es dulce, y da aún más sed.

—Como quiera —rio encogiéndose de hombros. Y comenzó a comer de nuevo. Pero tras el primer bocado, hizo un alto, y limpió la hoja de acero en un trozo de la tela que colgaba del puesto de Pierre, para resguardar el crudo sol los frutos tropicales.

Miré como fascinado la navaja automática. Al limpiar su hoja, había dejado al descubierto su empuñadura.

La conocía ya. La había visto antes de ahora, en otra clase de arma.

Una mujer desnuda, opulenta de formas, tallada en hueso marfileño. Igual a la empuñadura del arma que mató a F. R. en el Lomo del Caimán.

—Y bien —dijo guardando con otro chasquido el arma, cuando se recogió la hoja dentro de la empuñadura— ¿Qué responde, Ed? ¿Sí o no?

—No —fue mi respuesta.

Di media vuelta, y me alejé calle arriba, pisando el empedrado de chinas redondas.

* * *

Luana tenía llena su cantina.

Eso no era una novedad, pero era molesto. Sobre todo, cuando hacía un tiempo que Luana y yo no nos veíamos.

La tomé en mis brazos, y besé sus labios gruesos.

—Ed, canalla... —musitó entre dientes— Has vuelto, querido...

—Claro —asentí— Yo siempre vuelvo, Luana.

—Siempre... —suspiró— Sería maravilloso saber que eso es cierto que siempre estarás aquí, Ed. Pero yo sé que eso no puede ser, que un día todo terminará bruscamente... y nunca más vendrás a Puerto Tortuga.

—No digas eso —sonreí sacudiendo la cabeza— ¿Adónde puede ir ya un pobre paria como yo? Esta es mi tierra, mi mundo, mi vida...

—No, Ed. Sé que no es así. Tarde o temprano, volverás con los tuyos, y olvidarás a la pobre Luana para siempre...

—Estás diciendo tonterías.

—Nunca pensé que pudieras quedarte aquí, conmigo. Es demasiado hermoso para ser posible.

—Pero es posible. Me quedo. Me quedo aquí. Y aquí sigo. A tu lado, Luana. No creas que echo nada de menos. No creas que recuerdo nada.

—Si pudiera creerlo...

—Es que no quieres creerlo. Pero aquello murió. Quedó atrás. Fue una parte de mi vida. No sé si mejor o peor, pero formó parte de mí mismo. Ahora, está demasiado lejos para que signifique algo. Demasiado perdido en la distancia, en el tiempo, en el recuerdo.

—Ed, no sé por qué tengo que pensar así... —sacudió ella la cabeza, sin soltarme en su abrazo, sin acordarse ya de los clientes sin servir siquiera en el mostrador o en las mesas de la Criolla.— Pero cada vez que te vas con ese yate y veo que te pierdes en el mar, lejos de Pequeño Caimán, pienso que es la última vez que te veré, que es el adiós definitivo y que los vientos te llevarán al fin a tu mundo, a tus gentes, a tu vida de siempre, que no es esta, que no puede ser esta, en un rincón olvidado, en un puñado de casuchas miserables, de calles viejas y oscuras de gentes negras en su mayoría o con mezcla en la sangre, como yo misma...

—Luana, te hieres y me hieres —murmuré tomándola con suavidad y sentándola en la silla frente a la mesa donde yo mismo me acomodé. La contemplé tiernamente, como siempre contemplaba a aquella joven mestiza de piel de bronce, y ojos de fuego, de labios carnosos y expresión anhelante, de cabello oscuro, ondulado y de ropas chillonas de seda que se amoldaban a las formas cimbreantes de su cuerpo.

—Entre las gentes de piel negra o de tez oscura, he encontrado

más amigos que allá entre los de mi raza. Porque aquí no hay engaños ni falsedades, y todos somos iguales.

—Ed, todos somos escoria de la sociedad. Tú no lo eres, y te has empeñado en serlo.

—Luana, si alguien hay aquí que puede ser calificado de escoria, ese soy yo. Huí de mí mismo y de mis responsabilidades. Puse un muro entre mi vida anterior y la de hoy. Sabes que no puedo volver allá. Que nunca podré volver.

—¿Por qué? ¿Porque te acusaron de un crimen que no cometiste? ¿Porque tú mismo te inculpaste de ese crimen, para salvar a una mujer a quien amabas?

—Ya basta, Luana —Me incorporé irritado. No me gusta hablar de todo eso.

—No te gusta hablar porque todavía la amas. Aún quieres a esa mujer.

—Luana, te dije que no quiero mencionar nada de todo aquello.

—¿Por qué? ¿Porque te duele que conozca tus sentimientos, que sepa la verdad que has ocultado durante años incluso a ti mismo, diciéndote que todo eslabón con el pasado está roto, cuando sabes que eso no es cierto, que no puede ser verdad en modo alguno?

—El pasado siempre está muerto, si uno realmente así lo desea —atajé brusco— olvida todo, Luana, como he olvidado yo. He vuelto, ¿no es cierto? Eso es lo que debes contar para ti.

Me aparté bruscamente de ella, y me dirigí al mostrador. Me apoyé en éste. Pedí un ron. Luana vino hacia mí, humilde. Se aferró a mi brazo.

—Perdona —susurró— Creo que hice mal en hablarte así. Pero son los nervios, Ed.

La atraje hacia mí. Besé su mejilla primero, su boca después. Ella sonrió, con más optimismo.

—Veo que el negocio va bien —Viré de tema.

—Sí, muy bien —asintió ella, con infantil entusiasmo— Mira compré una máquina de esas. A la gente le gusta. Sobre todo, por las noches.

Miré a un rincón de la cantina. Era una gramola, un tocadiscos de alta fidelidad, donde se echaba una moneda para oír un disco. Para Luana, era como un nuevo y fascinante juguete.

—Eso está muy bien —asentí, distraído— Así siempre habrá

música aunque los demás estemos demasiado borrachos para cantar o tocar la guitarra.-..

Luana se echó a reír. Alguien reclamó su presencia y ella volvió al mostrador. Era muy amable con su clientela, pero siempre seria, siempre haciéndose respetar. Allí en Puerto Tortuga solamente se le conocía un idilio. Conmigo.

Crepitaron a mi espalda las cañas pintadas de colores que servían de cortinilla a la entrada. Giré la cabeza, sin abandonar mi ron. Me sentí molesto.

Otra vez Cara Amarilla. El oriental degustador de frutos tropicales. El hombre de la navaja automática con empuñadura idéntica al arma de un crimen en el archipiélago de la Isla de la Iguana.

Entró en la cantina. Me miró muy fijo y sonrió, cortés. No contesté a su sonrisa. Dio unos pasos y se acomodó en una mesa, cerca de la gramola nueva. Le oí pedir un zumo de frutas. El tipo no parecía beber alcohol. Sólo frutas sólidas o líquido

Mis ojos se fijaron en Luana. Ella también había visto al recién llegado. Observé su expresión inquieta, preocupada. Me incliné sobre el mostrador.

—Luana —llamé— ¿Te ocurre algo?

—No, nada... —ella me miró, repentinamente seria— Nada, Ed.

—Me pareció que no te gustaba el tipo que acaba de entrar.

—Es un extranjero. Lleva por aquí un par de días.

—Lo sé. Quiso encontrarme.

—¿A ti? ¿Para qué? —se sorprendió Luana, pestañeando.

—Para algo, raro, muy poco definido. No me gustó y le dije que no.

—Hiciste bien. No me agrada su aspecto.

—Ya lo noté. ¿Te ha dicho algo especial estos días?

—No. Siempre toma un zumo de frutas, lo escudriña todo y se va. A veces, hace preguntas.

—¿Qué clase de preguntas?

—Oh, tonterías. Preguntó por el mejor yate de Puerto Tortuga. Alguien le habló del tuyo, y preguntó por ti. Luego, hizo preguntas sobre el archipiélago de la Iguana.

—¡No! —exclamé entre dientes— No es posible...

—Ya lo creo que sí, Ed —asintió ella, sorprendida— ¿Por qué

dijiste que no era posible?

—Oh, por nada. Todo el mundo ha parecido interesarse de repente por ese archipiélago, que lleva cientos de años sin preocupar a nadie.

—¿Eso tiene alguna importancia?

—No lo sé. Podría tenerla, pero no puedo estar seguro de ello, Luana. Sólo que me preocupa ese tipo. Ha venido aquí siguiéndome.

—Ten cuidado. No parece un hombre respetable, Ed.

—No creo que lo sea. Los hombres respetables no llevan navajas automáticas, ni pagan el alquiler de una embarcación como la mía a quinientos dólares diarios.

—Cielos, Ed. Debe ser un hombre peligroso entonces... Acaso un criminal, un espía o algo así...

—¿Espía? —me encogí de hombros— No, no lo creo. Pero un criminal sí es posible. Al menos, no lleva entre manos nada limpio ni honrado. La gente honrada paga siempre poco por los servicios que solicita.

A espaldas mías comenzó a sonar una canción. Cantaba Dean Martin, un típico ritmo norteamericano. Por encima de mi hombro, vi volver al oriental a su asiento. Era él quien había puesto el disco. Parecía abstraído escuchándolo, e incluso lo acompañaba con un leve gesto de su mano y el taconeo de su pie derecho.

Luana se encaminó hacia otro lado del mostrador, dejándome solo. Apuré el ron. Me encaminé al tocadiscos. Eché dos monedas al azar, eligiendo dos temas de Sinatra. No había muy buena selección de discos. Al menos, no eran modernos.

No se podía pedir progreso en un sitio como Puerto Tortuga.

Cuando regresaba al mostrador, se cruzó ante mí el pie del oriental. Me detuve. Miré fríamente su impecable, pulcro pantalón blanco, muy bien planchado, y su zapato blanco y gris, muy lustroso, puntiagudo. Lentamente, elevé mi mirada hasta sus ojos contemplándole con expresión glacial.

—Un momento, Ed —pidió la voz del hombre de piel aceitunada.

—¿Qué quiere ahora? —repliqué, seco— Le di antes mi respuesta definitiva.

—¿Definitiva? —sonrió risueño, llenando sus mejillas de surcos.

—Sí.

—Vamos, vamos, Ed —su sonrisa se amplió— Nunca existe nada definitivo. Todo es cuestión de precio.

—¿Usted cree?

—Elevo mi cifra a mil dólares. Justo el doble. Cinco mil como mínimo, con dos mil quinientos de anticipo. Diez mil, si invertimos diez días en la tarea.

—Es demasiado dinero.

—Es mucho dinero —rio— Nunca es demasiado. Responda ahora.

—Ya me oyó antes: no.

—¿Está usted loco? Le ofrezco una fortuna. No hay de delito alguno. Usted no comete ninguna transgresión legal. Le garantizo que nadie puede perseguirle por nada.

—Usted habló de una mujer enferma y de un médico. ¿Adónde hay que llevarlos?

—Eso sólo se lo diré cuando usted responda afirmativamente.

—Entonces, lo siento. No habrá respuesta. Es mi última palabra.

—También la mía, Ed —me sonrió, beatíficamente, echándose atrás en su silla.

—Entonces, ambos sabemos bien a qué atenernos —comenté— Está todo hablado.

—No tenga tanta prisa —siguió con la pierna cruzada, e incluso la levantó más pegándola a las mías, para impedirme el paso— Hablaremos antes.

—Está todo hablado ya.

—¿Qué mosca le ha picado, Ed? Me hablaron lo suficiente de usted. Sé que hace muchos trabajos sucios. Contrabando, evadidos políticos de Cuba o de cualquier otro país, sin importarle su ideología ni su historial...

—Ese es asunto mío —corté— Elijo mis propios negocios. El suyo no me gusta.

—Sólo sabe que va a trasladar a una mujer enferma y a su médico, a cierto lugar de Centroamérica. Eso es todo.

—Sí, es todo. Pero ya me pagaba mucho por hacerlo. Demasiado. Ahora, aún dobla su cantidad. Es absurdo, ridículo. Nadie paga tanto por una cosa así. Usted oculta algo y ha de ser algo muy feo. No me gusta usted ni me gusta su proposición. Soy dueño de elegir mi camino, ¿no le parece?

—Por supuesto —entornó sus ojos con la mirada más helada que se podía imaginar— Pero creo que acaba de cometer un tremendo error. El mayor de su vida, Ed.

—Es posible. Esa será también cuenta mía. Ahora, buenos días.

El no separó la pierna. Yo lo hice con un brusco golpe violento que se la hizo bajar con violencia. Algo crujió en el interior del pantalón blanco, y la pierna, rígida aún se quedó extendida, inerte bajo la mesa. Él contrajo su gesto de furia y dolor. Su mano se disparó saliendo del bolsillo.

Me vi ante la punta de su navaja clavada en dirección mía vibrando aún en el aire entre sus dedos, tras el golpe seco que la había hecho brotar.

Me quedé quieto encogido. Algunos de los presentes se volvieron, mirando inquietos hacia nosotros. Luana ahogó un grito ronco, cubriéndose la boca con una mano crispada.

—Bastardo... —jadeó entre dientes el oriental, mirándome colérico— Cuidado con mi pierna... Es ortopédica...

—Lo siento —repliqué— No lo sabía, Cara Amarilla.

—Mi nombre es Wong, no Cara Amarilla.

—El mío Ed, no "bastardo" —repliqué.

—Lo siento, Ed —me objetó tan frío como yo tocándose aún la pierna ortopédica a la altura de donde se unía a su muslo normal, sin duda alguna— Hubo un malentendido. Pero no debió hacer eso con mi pierna.

—Es mejor que guarde esa navaja, amigo —sonó rotunda la voz apasionada y violenta de Luana, surgiendo del mostrador.

Y cuando ambos giraron la cabeza, en dirección a ella, descubrieron que hablaba así apoyada de un revólver amartillado, que apuntaba directamente al oriental.

—Supongo que no se atreverá a disparar sobre mí ¿verdad, señorita? —sonrió Wong.

—Se equivoca. Mire si me atrevería, si usted me obliga...

E inesperadamente, apretó el gatillo.

El estampido retumbó ensordecedoramente en la sala. Incluso yo mismo di un respingo La bala disparada bruscamente por Luana, silbó junto a la cabeza del oriental, y terminó clavándose en un viejo cartel de toros, traído de cualquier lugar de Méjico y ya cubierto por huellas de moscas. Hizo un agujero entre el toro y el

torero, mientras por la cantina se extendía un acre olor a pólvora y los ecos últimos del disparo se disiparon junto con el humo tenue, brotado del arma de Luana.

De la mano del oriental se desprendió la navaja sobre la mesa. Rebotó la desnuda figura de mujer en hueso, así como la azulada hoja de acero, tersa y brillante.

—Así está mejor —asintió Luana, mostrando su nítida, blanquísima dentadura— Mucho mejor, señor...

Hubo un silencio prolongado. Nadie se movía en la cantina. Quizás por eso en el silencio se percibió claramente el chasquido del percutor, al girar para poner una nueva bala en la recámara, frente al percutor ominoso levantado, a punto de impulsar un nuevo proyectil hacia Wong.

—No era necesario, Luana —sonreí tomando la navaja cerrándola de golpe y metiéndola irónico en el bolsillo superior de la chaqueta blanca de hilo del oriental— El señor Wong se disponía a guardar sus armas, ¿no es cierto?

—Bien cierto —asintió él, glacial. Miró colérico a Luana— No debió hacerlo señorita. No me gusta que me humillen ni me amenacen. Usted pudo haberme matado, si yerra el tiro.

—Es difícil —rio Luana— Tengo muy buena puntería, señor...

—Posiblemente eso sea peor para usted. Debió acertarme en la cabeza. Sería más conveniente. Wong nunca olvida una humillación.

—Ya basta de amenazas, Cara Amarilla —me irrité ahora, aferrándole por las solapas— Usted y su palabrería empiezan a irritarme. Fuera de aquí. No quiero volver a verlo por nada del mundo.

Le llevé hasta la puerta y le puse en la calle, sin soltarlo, para evitar que un empujón pudiera dar con él en el suelo, a causa de su pierna ortopédica. Fue eso lo único que le libró del revolcón, y lo sentí de veras.

Luego lentamente, regresé al interior de la cantina, dándole la espalda olímpicamente sin temor a cualquier posible golpe traicionero del oriental. Eso no ocurrió.

Creo que soltó un salivazo al suelo, a juzgar por el ruido que produjo en las piedras redondas de la calle. Pero no estuve seguro, porque ni siquiera me volví, cuando cruzaba las cañas coloreadas de

la cortinilla de la puerta.[^[2]]
SOUTH of the border,
Down México Way.
"South of the border,
Down México Way.
Thats where I fell in love.
when stars above came out to play.
For it was fiesta.
And we were so gay.
South of the border,
down México Way."

Al sur de la frontera, la vieja ruta de México y todo aquello...

La canción vieja y eterna, tenía siempre melancolía, color y sabor, en labios de cualquiera que la cantase. En mi guitarra, las notas eran cadenciosas, lánguidas, con la pereza que siempre tienen los temas del sur.

Cuando terminé la canción, alguien la inició en español, y fue acogida con aplausos renovados. Dejé mi guitarra a un muchacho de color, con camiseta de rayas horizontales, rojas y blancas. Me incorporé con la boca seca. Fui a por algo para beber al mostrador. Luana me sirvió. Ella misma sirvió los vasos.

Brindamos, con una sonrisa. Al fondo alguien cantaba en español.

"En la frontera, de Méjico fue...

Donde mi amor en vano yo te declaré..."

—¿Contento Ed? —musitó ella, acariciando mi rostro con sus dedos morenos.—¿Cómo fueron las cosas en Jamaica?

—Oh, bien. Logré introducir en Kingston la mercancía. Me pagaron bien.

—Eres muy listo, Ed —me besó en la mejilla la boca, amorosamente. Sus grandes ojos relampagueantes me miraban muy de cerca— Pero ¿crees que lo serás siempre igual?

—No sé —sonreí— Al menos, lo intentaré.

—Ed, un día puede terminar tu buena suerte. Si te cogen en cualquier de esos viajes de contrabando. ¿Qué sucederá?

—Es un riesgo que hay que aceptar —me encogí de hombros.

—Ed, no quisiera que corrieses riesgos así. Mi cantina, mis

ahorros, pueden ser suficientes para los dos y...

—Luana, no puedes decir eso en serio —sonreí, mirándola fijamente— No aceptaría una cosa así, tú lo sabes.

—Busca otro trabajo entonces...

—¿Dónde aquí? —solté una breve risita— ¿Qué quieres que haga? ¿Cargar cocos, salar pescados o pescar tiburones?

—Entiendo bien lo que quieres decir. Es lo que siempre afirmé yo. Este no es sitio para ti.

—Claro que sí. Sólo que debes dejarme hacer lo que hice hasta ahora. Eso será suficiente. Mi modo de trabajar es cosa mía. Gano dinero y eso es suficiente. No me gustaría tener que depender de una mujer. De modo que todo seguirá igual. No trates de convencerme de lo contrario, Luana.

—Está bien, Ed. Lo recordaré... Ed, estoy preocupada esta noche...

—¿Preocupada? ¿Por qué?

—Ese hombre, Wong... Me inquieta su presencia...

—También a mí. Sobre todo, por lo ocurrido aquí —asentí apoyándome en el mostrador— Es posible que sea vengativo. Tendremos cuidado con él, por si acaso.

—Especialmente tú. Debes protegerte. Estará doblemente furioso. Tu negativa a cooperar con él, a servirle en ese extraño viaje a alguna parte, con una mujer enferma y un médico...

—Eso no me preocupa —la miré— Eres tú quien me inquieta. No debiste disparar sobre él.

—Tuve miedo... de que utilizara esa navaja contra ti...

—No lo hubieras hecho —sonreí. Tomé su rostro entre mis manos— Pero te lo agradezco

La besé.

Habían dejado de tocar "Al sur de la Frontera". Alguien pensó que era mejor el tocadiscos y les oí hablar entre sí y depositar una moneda en la ranura.

El disco giró cuando nuestros labios se despegaron y yo murmuraba:

—Luana, creo que es fácil llegar a amarte... Muy fácil...

—Ed, si eso fuera cierto... —la oí musitar.

Entonces comenzó la música. La maldita música.[[3](#)]

Long ago and far away,

I dreamed a dream one day,
and now that dream is here beside me.
Just your look and then I knew,
That all I longed for,
long ago, was you..." Or heavens fall from the sky
Or heavens fall from the sky

CAPITULO IV

—Tu marido... ¿Tu marido? Eso no es posible... No es posible, Samantha... tú no puedes haberme engañado así. No es posible...

—Lo siento, Ed. Es lo que quisiera explicarte, lo que desearía hacerte comprender si es humanamente posible. Desgraciadamente no lo es. No puede serlo. No tiene razón de ser, no tengo fuerzas para revelártelo así ahora, ante su... ante su cadáver...

—Samantha... —aquel día lejano, frío, sorprendentemente frío, si se recordaba en un mundo tórrido y caliente, tropical; aquel día frío aquella noche con nieve en las calles de Nueva York, con la brisa helada barriendo Manhattan, yo había contemplado con estupor a la mujer que creí libre, independiente, llena de sinceridad, y había repetido casi con dolor latente en mi voz: — Samantha, ¿por qué? Si me lo hubieras revelado... Yo te creería. Yo admitiría tu buena fe, yo te disculparía de todo. Pero jamás dijiste nada. Es más, ibas a ser mi esposa la semana próxima. Y tú sabes cuál es mi profesión dónde trabajo, la clase de gente que me da órdenes, la clase de persona que esperan que sea... Samantha, eso no... Es cruel, es cobarde, es injusto...

—Ed, no puedes culparme —musitó roncamente— Ha habido tantas y tantas cosas que me obligaron a callar...

—No. Eso no. Nada puede obligarte a callar hasta ese punto. Samantha, ¿te hubieras casado conmigo de... de no suceder esto esta noche?

Ella había caminado por su apartamento con lentitud. El tocadiscos volvió machacón a su melodía, a su música romántica y a su letra que ahora podía parecer vacía pero que no lo era para mí:

"Long ago and far away...

I dreamed / dream one day..."

Sí, tiempo atrás, lejos de aquí yo había tenido un sueño un día... Era como un símbolo. Como algo que reflejaba mis sentimientos,

aquellos sentimientos rotos un día por Samantha Sloane, en su apartamento de Nueva York...

Ella había contestado, tras la pausa meditativa tras los pasos amortiguados por la alfombra que sostenía el cadáver de su marido, Sidney Sloane:

—Ed, trata de entenderme. Yo me hubiera casado contigo... porque Sid me prometió el divorcio al fin. Hacía tiempo que estaba en trámite. Él ponía dificultades. Él alegaba siempre algo para aplazar la solución, y se negaba a admitir la separación legal arguyendo mil trucos y pretextos. Le había salido bien hasta hace poco, pero ahora iba a ponerle entre la espada y la pared. Tendría que ceder finalmente, porque la razón era mía. Incluso... incluso le ofrecí dinero. Es vergonzoso, Ed, pero lo hice. Y lo hice por ti. Él dijo que lo pensaría... Esta noche, llegó a casa. Quería hablar conmigo. Yo esperaba que me pusiera sus condiciones. Parecía ser el único motivo de su visita. Así me dio a entender, pero luego empezó a reírse y a burlarse de mí a decir que no iba a darme la libertad legal por nada del mundo, y menos para casarme con otro hombre. Me enfurecí, Ed...

—¿Y le mataste?

—¡No, no! ¿Cómo iba a hacer tal cosa? Sencillamente, dije que iba a telefonear a la policía y dejar que la justicia resolviera. Yo sabía cosas de él. Cosas que nunca pretendí utilizar como arma en contra suya.

—¿Qué cosas, Samantha?

—Eso ya es igual —vaciló ella, mirando el cadáver— Cosas que podían forzarle a ceder o sufrir un escándalo y la persecución de la Ley. Ahora ya no importa nada de eso. Él está muerto.

—Bien, sigue —la apremió.

—El pareció furioso, pero todavía tenía sus propios métodos. Arrancó el cable del teléfono y dijo que era capaz de cualquier cosa para evitar que yo avisara a la policía. Y también para evitar que fuese con otro hombre... Me acorraló, dispuesto a todo, pero logré escapar. Huí escaleras abajo, logré llegar a la planta inferior, telefoneé desde el bar... Avisé a tu teléfono, no a la policía. Te dije que vinieras como lo que eres en tu vida profesional, no como mi prometido.

—Recuerdo eso muy bien —asentí— Y he venido, Samantha. He

venido tan pronto como me fue posible. Ahora... ¿qué?

—Ahora... no sé, Ed —se cubrió el rostro con las manos— Es tan difícil que me creas que no sé qué decirte... Pero volví arriba, creyendo que él habría abandonado mi piso al ver la puerta abierta. Entré. Le encontré así. Muerto, Ed. Con mi pistola en el suelo, frente a él recién disparada. Eso sucedía tras un largo rato de esperarte abajo en la cafetería. Cuando llegaste me sorprendiste así. Tomé la pistola del suelo, me quedé como helada, contemplando la escena porque esa era mi pistola, Ed. No sé lo que pudo suceder durante mi ausencia. Sólo sé que él, Sidney... está muerto. Muerto de dos balazos en el cráneo.

No sé por qué tuve que creerla. Me incliné. Bajo el cabello canoso, abundante y bien peinado, la cara era difícilmente reconocible. El asesino había sido eficaz en eso. Vacío las dos balas en pleno rostro de Sloane. Huesos, carne y cartílagos, eran una masa informe, triturados a bocajarro por proyectiles del calibre 28.

—Tu marido era muy elegante —comenté con frialdad— Smoking azul, pañuelo blanco, uno rosa amarilla en la solapa, camisa de seda rizada, un diamante en su corbata de lazo color vino burdeos, lo mismo que sus calcetines y zapatos nuevos, impecables del mejor charol negro...

—Sí, era un caballero... en apariencia —jadeó ella, convulsa— Esta noche venía muy bien vestido. Me dijo que iba a la ópera con una dama que le estaba esperando. Se complacía en mortificar a la gente, Ed. A mí no podía darme celos, porque sabía que no le amaba, pero me zahería, haciéndome ver que él vivía su vida sin importarle lo que fuese de la mía.

—Entiendo. Samantha, si te quedas aquí cuando llegue la policía, va a ser muy difícil salir del apuro.

—Lo sé, Ed. No me creerán. Ninguno de ellos —le miró, patética— Pero tú... ¿tú puedes creerme?

—Sí, Samantha —dije— Te creo. Te creo, y no me preguntes más. No pierdas más tiempo. Vete fuera de la ciudad lo antes posible. A cualquier sitio, a pasar unos días de descanso. Yo diré que te fuiste antes de esta hora.

—¿Qué vas a hacer, Ed? —se preocupó ella.

—Conozco estos asuntos mejor que tú. Déjalo en mis manos. Es cosa mía. Sé mejor cómo resolverlo. Mucho mejor que lo podrías

hacer tú o cualquier otra persona, no te queda duda.

—Ed, tengo miedo... Por ti, por mí.

—No debes temer nada. Límitate a permanecer ausente este tiempo. Eso será todo. A tu regreso todo se habrá arreglado. Absolutamente todo, no te quede duda, sin límites. Todo eso que las mujeres dicen a los hombres en situaciones desesperadas.

Cuando ella se hubo marchado y yo comencé mi trabajo pensaba realmente que podía solucionar aquello de algún modo inteligente.

Cometí un error. Un error tremendo, que quizá no fue el único. Cuando quise darme cuenta con Samantha ausente de Nueva York, con el cadáver de Sidney Sloane y con el hecho evidente de que sólo él se oponía a nuestro matrimonio las sospechas cayeron sobre mí.

Sí, sobre mí. ¿Por qué no?

Todo hombre puede matar por una mujer hermosa de la que está enamorado. Sobre todo, si pruebas circunstanciales, huellas en el piso y en el arma homicida y todo eso, le señalan inexorablemente.

Olvidé eso. Que, ante todo, yo era un ser humano. Un hombre. Y un hombre enamorado de una mujer llena de atractivos. Olvidé todo eso, y cuando quise darme cuenta el dogal que pudo cerrarse en torno al cuello de Samantha lo estaba ya en derredor del mío, asfixiándome con su presión.

Sí. Un hombre siempre puede ser un asesino. Incluso un policía. Incluso un agente federal.

Ese era mi caso. Yo, Edmond Kane, era culpable para la Ley. Yo, Edmond Kane, era ante todo un hombre, un ser humano, sujeto a las pasiones de cualquier otro. Yo, Edmond Kane agente federal, miembro del FBI en Nueva York fui acusado de homicidio en primer grado, en la persona del esposo de mi prometida.

Extraña acusación. Extraño homicidio. Extraña y equívoca situación.

Extraño todo... pero desgraciadamente cierto.

Ese fue el principio de mi historia. De la historia del actual Ed, "El Solitario". El principio de todo. De todo esto de ahora...

* * *

Me reí de mí mismo. Aquello parecía tan lejano como cualquier galaxia, una mancha difusa de luz en el remoto confín de los astros, vistos allí en la noche despejada y azul del trópico.

Agente federal...

Eso sucedía cinco años atrás. Ahora, todo había cambiado. Puerto Tortuga, el Caribe mi "Tampico" que era mi única pertenencia... Y mi vida de contrabando, de granujerías de puerto en puerto.

Toda mi vida era una irónica historia de contrasentidos, paradojas y amargas ironías sin demasiada consistencia. Alguna vez, alguien podría hacer una novela de ella. Pero las novelas siempre deben terminar bien. No con una piltrafa humana, no en un lugar infernal donde el sol es fuego y el agua es remanso de paz, y el cielo es un horno y el aire es un volcán. No donde los hombres son escoria y las mujeres son apenas nada, y el dinero lo es todo, y los escrúpulos no existen...

No. Allí no. Allí no había un buen final para ninguna novela. Sólo un final para una vida, unos sueños, unos sentimientos...

Un mal final. Como todos los finales de la existencia humana. Nunca hay un happy end en este cochino y sucio mundo... Nunca.

Luana tenía razón. ¿Qué le daba yo a ella, a cambio de su infinito amor, de su eterna compasión? ¿Qué daba yo a nadie, qué sentía yo por ella, salvo ese afecto, esa ternura que su propia fe y su bondad despertaban en mí? Y era tan poco. Tan sumamente poco.

No. Luana no merecía un tipo como yo. Nadie se merece cosas así. Nadie merece que su ilusión del momento, una moderna gramola trepidante por una moneda —moderna en un Puerto Tortuga, claro— sea rota por una estúpida ira dé un necio, de un enamorado de un imposible.

—Pobre Luana... —murmuré, caminando por el muelle, sin rumbo fijo, paseando por el embarcadero de tablas, frente a mi yate, y dando de repente un giro brusco a mi cuerpo— Pobre Luana...

E inicié el regreso hacia las calles empinadas, hacia la cantina La Criolla. Hacía la casa de Luana, que era la mía. Hacia una conciliación necesaria y humana porque ella podía merecer muchas cosas, pero no ingratitud ni rudeza por mi parte.

Lo intenté todo, es cierto. No fue culpa que no pudiera llegar a realizarlo.

No podía esperar que nadie saltara a mis espaldas, como un tigre agazapado cuando pasé ante el callejón oscuro que seguía al puesto de frutas tropicales de Pierre, el Haitiano. Pero eso fue lo que

ocurrió.

La sombra saltó sobre mí y yo intuí que así sucedía. Giré mi cuerpo, sobresaltado tratando de combatir de hacer algo. No lo logré.

Algo contundente se estrelló en mi nuca. Sentí estallar mil luces deslumbrantes ante mis ojos. Luego, me derrumbé de bruces.

Fue de lo último que tuve consciencia. Lo demás dejó de existir para mí.

CAPITULO V

Otra vez el escorpión.

Ahora estaba sobre mí, acercándose a mi rostro nuevamente, estirando sus garfios, moviendo vibrátil su funesta cola...

—Ahora sí es cierto... —jadeaba yo, sudoroso, sujeto al lecho, viendo que los sueños se habían hecho realidad— Ahora sí es un escorpión venenoso, que me va asesinar...

La tortura era vivida, latente, real. No podía ser un sueño. Estaba seguro de que no era un sueño. Primero, podía recordarlo todo clara, nítidamente.

El ataque en las calles de Puerto Tortuga, tras mi paseo bajo la luz de la luna evocando la vieja historia de un crimen en Manhattan. Mi golpe en la nuca, el estallido de luces, la caída, la oscuridad total, el espacio blanco de la inconsciencia...

Y ahora, el despertar terrible, la tortura diabólica de una mente criminal: el alacrán de muerte sobre mi cuerpo desnudo, ligado a una cama, en alguna parte...

De súbito, el alacrán tocó ya mi cara, hundió en ella sus patas... Vi venir hacia mi boca, hacia mis ojos, la temida figura articulada, virulenta, feroz.

También de súbito ocurrió lo inesperado. Esta vez, la realidad no se repetía como en el sueño. Algo había cambiado en el drama terrible de mi tormento...

Un raudal de agua cayó sobre el escorpión, lanzándole lejos de mi rostro, entre coletazos furiosos al aire. Me sentí ahogar, pero el arácnido ya no estaba sobre mí. Había sido barrido por aquel inexplicable raudal de agua...

Otro chorro azotó mi cara, me hizo gorgotear, agitarme.

Entonces abrí los ojos. Entonces desperté.

Y supe que una vez más el escorpión había sido solamente parte de mis sueños de mis eternas y terribles pesadillas.

—Parece que vuelve en sí...

—Sí, se encuentra mejor —confirmó otra voz.

Las voces sonaban muy cerca de mí. Traté de ver, a través de mi aturdimiento y del agua que corría por mi rostro. Esa sí existía. El alacrán era producto de mi mente pero no el agua lanzada contra mi rostro por alguien. La sentí chorrear por mis cabellos y ropas. Lo que sí era cierto también, es que estaba tendido en algún lecho, fuertemente ligado, para evitar que me moviera.

Al final vi con claridad los detalles. Descubrí a dos hombres. Los dos tenían facciones duras, nervudos cuerpos, y me contemplaban pensativamente. Uno incluso sonrió.

—Parece que le fue bien el agua —comentó— Se agitaba como si tuviera pesadillas...

—Las tenía —gruñí— ¿Quiénes son ustedes?

—No tema. No vamos a matarle... si se porta bien —rio uno de ellos.

Contemplaba el techo de mi actual paradero. Me era familiar. Profundamente familiar. Cuando lo recordé hubiera pegado un respingo, de serme ello posible. A causa de las ligaduras me limité a vibrar con mis nervios tensos.

—Este es mi yate —dije— ¿No es cierto?

—Cierto. Prisionero en su propia casa —dijo el mismo de antes— Tiene su gracia, ¿No?

—Yo no le veo el chiste —repliqué.

—Entonces no tiene sentido del humor —se quejó mi interlocutor.

—Puede que no lo tenga. Si alguna vez le logro tener a usted en esta posición, trataré de hacerle reír, a ver qué tal resulta el experimento.

—Ahora parece que es usted quien quiere hacerse el gracioso.

—Ya basta —cortó vivamente una voz— No quiero más tonterías. No hay por qué burlarse de ese hombre. Sencillamente, es nuestro prisionero ahora. Eso es todo.

Miré en esa dirección. Con una mezcla indescriptible de estupor, de incredulidad, de asombro. Por un momento pensé que el escorpión y todo lo demás era lo real... y aquello de ahora lo ficticio, lo falso.

—No... no es posible... —me oí susurrar a mí mismo, ni siquiera

comprendí cómo había podido sacar la voz de mi ser— No tú no... Tú no...

—¿Qué te sucede Ed? —preguntó ella suavemente— ¿De qué te sorprendes querido? ¿No te complace verme de nuevo aquí? Como en los viejos tiempos, Ed...

Sentí que el mundo entero daba vueltas en torno mío. Y, naturalmente mi propio yate era el centro de ese torbellino.

Porque era ella. Ella precisamente.

Era ella la mujer que había surgido, vestida con un suéter y un pantalón con aire autoritario en su apariencia toda, con una fría y lúcida expresión en sus ojos hermosos intensamente azules, bajo la cabellera del rubio apagado, en el rostro ovalado bellísimo y elegante.

Era ella.

Era Samantha Sloane.

* * *

—¿Sorprendido, Ed?

Fumé en silencio el cigarrillo que ella había puesto en mis labios. Sus propios dedos lo apartaron de mis labios, y lo aplicaron en los suyos. Dejó una huella de tenue rouge en la boquilla pero no me importó cuando me lo devolvió suavemente.

Me supo a lejanos recuerdos excitantes. A besos de su boca. A ternura, a pasión, a algo definitivamente muerto acaso...

—¿Qué esperabas que sucediera? —repliqué, con lentitud, mirándola aún asombrado aún indeciso— Volver a verte después de cinco años... y aquí en Puerto Tortuga. Hallarte de nuevo... siendo tú misma y tus esbirros los que me golpeasteis en el cráneo los que me habéis retenido como a un secuestrado.

—Ya no estás, atado, Ed.

—No, pero estoy desarmado. Y uno de tus esbirros vigila la puerta de mi cabina. Él si va armado. ¿Qué le llamarías tú a eso?

—No les llames esbirros. Sus nombres son Todd y Neil. Buenos chicos, Ed, aunque tú no lo creas.

—¿Buenos chicos? Será solamente para ti. ¿Qué me harán a mí si intento marcharme? ¿Dispararían a matar, a herir, o solamente al aire para intimidarme?

—No seas ridículo. No dispararán en modo alguno. Te dejarán marcharte.

—¿De veras? —dudé sarcástico.

—Inténtalo —invitó ella, cruzando sus piernas, ceñidas por un pantalón de seda amarilla, que se adhería a sus bonitos muslos y a sus pantorrillas esbeltas.

Lo intenté. Ella me había intrigado. Quería demostrarle todo lo maldita embustera farsante que podía llegar a ser.

Llegué a la puerta de la cabina, la abrí. Me vi ante uno de ellos, fuese Todd o Neil, eso no podía saberlo. Me sonrió en silencio. Yo avancé pasé rozándole sin decir una palabra. Esperaba en cualquier momento el golpe la amenaza o el disparo.

No pasó nada de eso. Pude llegar al fondo del corredor de mi yate, e incluso intentar subir la escalera. No ocurrió nada. Me detuve ceñudo. No entendía nada. La presencia de Samantha menos que ninguna otra cosa. Pero aquello tampoco.

Me volví despacio. Regresé a la cabina. Me quedé contemplando a Samantha. Ella sonreía mirándome pensativa, con sus ojos entornados. Sus pestañas seguían siendo sedosas abundantes color oro viejo.

—¿Convencido, hombre de poca fe? —preguntó, burlona.

—Poca fe... —musité, irritado. Fui hacia ella. Me quedé plantado ante su figura insolente acomodada con pereza— ¿Dices tú eso? ¿Tú a quien libré de la acusación más grave que puede existir? ¿Tú que desapareciste para siempre que nada hiciste por salvarme al ser acusado de homicidio y que ahora vuelves a mi vida, inexplicablemente para hacerme secuestrar a golpes?

—Ed, no había otro medio de reducirte. Te conozco bien. Tú no eres de los que se entregan dócilmente a cualquiera. Hubieras luchado, armando ruido. Esto tenía que ser discreto prudente callado. Lejos de escándalos y gritos. ¿Entendiste ahora?

—No —la miré, absorto, preguntándome si era posible que fuese ella, ella misma la razón de toda mi vida el fantasma de mis sueños del pasado. Ella, Samantha. Igual que entonces, quizá más hermosa aún más dueña de sí que nunca— No logro entender nada de cuanto sucede. Esto es absurdo, sin sentido. Como un mal sueño.

—¿Llamas un mal sueño a volver a verme?

—Llamo un mal sueño a verte sí. Convertida en una mujer dura, de acción en estos lugares. ¿Puedes ser la misma que me pidió ayuda para salir de una acusación de asesinato? ¿Lo eres realmente,

Samantha? ¿o eres solamente un espejismo de una imagen falsa de aquella mujer que iba a ser mi esposa, de la mujer que yo amé?

—De la que amaste... y ya no amas, ¿no es cierto? —preguntó ella, amargamente.

—Samantha, ¿tú preguntas eso ahora? —me estremecí contemplándola absorto— ¿Tú eres capaz de decir realmente eso?

—Ed, trata de comprenderme.

—Más difícil de lograr en estos momentos, imposible.

—Sé que es difícil. Todo lo ha sido entre nosotros. Un noviazgo edificado sobre una gran mentira, un marido asesinado por alguien que no fui yo, y de cuya muerte te hicieron culpable... y ahora esto. Tras cinco años de silencio, de aparente olvido, esto de ahora. Un reencuentro nada feliz.

—Nada feliz, tú lo has dicho. Supongo que te habrás vuelto a casar...

—Supones mal, Ed —negó ella, dolida— Jamás volví a casarme. Ese era tu privilegio.

—¿Esperas que llore?

—No espero nada. Te digo la verdad. Tú también tienes aquí a una mujer, lo sé. Una chica de color, muy hermosa por cierto. Me hablaron de ella.

—Luana... sí es hermosa. Y es buena. Es lo mejor que hallé en mi vida. Es justo que un hombre solitario un paria, un desterrado a este infierno del Caribe encuentre algo realmente tierno y agradable en su vida, un remanso de amor, de afecto, de lo que sea. Pero que sea humano, sobre todas las cosas.

—Claro, Ed. No te lo reprocho. Sólo te menciono un hecho, un caso evidente de que estamos expuestos a luchar por no estar enteramente solos. Yo luché a mi modo, Ed. No me casé. No tuve otro novio. No quise a nadie más.

—¿Qué hiciste entonces? ¿Dedicarte a la piratería?

—Eres cruel, Ed.

—Soy estúpido. Nunca entendí bien ninguna cosa de tu vida, Samantha. ¿Por qué callar a tu marido? ¿Qué tenía el secreto que podía perjudicarle? ¿Por qué no apareciste al ser yo acusado de ese crimen y tener que escapar del país rompiendo con mi pasado y con mi carrera? Sabes que podía haber llegado lejos en el FBI, y que esa era mi profesión. Pero todo se rompió entonces...

—Lo lamento. Hubo razones para todo eso. Como las hay ahora para haber venido a Pequeño Caimán. Lo demás, ha sido casual. Esos avatares increíbles de la vida. Cuando vine acá sabía que iba a encontrarte. No deseaba que nuestros caminos se cruzaran en el Caribe pero está visto que el mundo es pequeño, y el Caribe más aún. Pequeño Caimán es el sitio adonde yo tenía que venir.

—¿Por qué?

—Porque aquí estuvo un hombre importante para mí. Un hombre llamado Finley Robbard. Un hombre que ha desaparecido en los cayos e islotes de esta región, y cuyo último paradero conocido fue justamente, Puerto Tortuga.

—¿Finley Robbard? —pregunté repentinamente sobresaltado— ¿Quién es él?

—Eso no cuenta ahora, Ed —sonrió ella fríamente, incorporándose— Pero hemos hallado algo en tu yate al registrarlo antes de que volvieras de tu inconsciencia. ¿Qué significa esto? ¿Dónde encontraste ambas cosas? ¿Dónde está el cadáver de Finley Robbard?

Y al incorporarse mostraba en sus manos dos objetos que había mantenido ocultos hasta entonces a mi vista.

Era la bolsa de piel con los doce hermosos diamantes y el cuchillo con la empuñadura de una mujer desnuda, idéntica a la de la navaja automática del asiático Wong.

Los ojos de Samantha, fijos entonces en mí no eran los de la novia hermosa, dulce y amorosa que yo conociera.

Eran los de una mujer helada, calculadora, dispuesta a todo.

CAPITULO VI

Hubiera sido demasiado para cualquier hombre y era demasiado para mí. Demasiado terrible todo, demasiado inexplicable, demasiado insólito. No tenía sentido, ciertamente. Ningún sentido...

Samantha... Puerto Tortuga... Los diamantes, el cuchillo asesino... y la víctima. F. R. Finley, Robbard. Todo eso, y Samantha... Cielos, ¿dónde ligaba ese enorme embrollo sin pies ni cabeza, sin lógica ni ilación?

—Ahora sí comprendo que estés asombrado, Ed —hablaba ella suavemente, mientras yo tomaba una copa de brandy de mi propio bar, que ella me había servido gentilmente. Allá afuera al otro lado de las ventanas de mi cabina, rielaba la luna en el mar, como un rebuscado escenario de opereta musical o novela rosa. Sin embargo, el ambiente no tenía nada de eso en estos momentos— Todo esto tiene que ser demasiado insólito para ti.

—Tú lo has dicho —musité— Demasiado insólito. Demasiado absurdo, Samantha. Es como si todo el mundo se hubiera vuelto loco de repente. ¿Qué puedes tener tú que ver en todo eso? ¿Cuál es tu papel en este disparate sangriento?

—Sangriento... —meditó ella— ¿Lo dices por Sloane, o por Finley Robbard?

—Yo no he dicho que sepa nada de ese Robbard... —protesté vivamente.

—Bien, Ed. Tú no has dicho nada de eso. Conforme. Te lo diré yo. Tuviste que hallarle. Y muerto, sin duda alguna.

—¿Por qué dices eso?

—Ese arma... Los cuchillos con una mujer desnuda como empuñadura... Son una firma. Como una siniestra marca de fábrica.

—Pero ¿marca de qué?

—Del crimen organizado. Seguramente oíste hablar de un oriental. Un hombre llamado George Wong.

—Wong... —asentí. No tenía objeto negar— Claro que oí hablar de él. Me intentó contratar para trasladar a las islas de Iguana a una mujer enferma, con su médico.

—Una enferma con su médico... —brillaron vivamente los ojos de Samantha— Sí entiendo ¿No aceptaste la oferta?

—No, claro que no. Le vi ese arma que dices. Una navaja automática, con igual empuñadura, ¿Qué significa eso?

—Es su distintivo. Si tú tienes un arma suya, es que hallaste algo. Sabemos que a ese hombre, a Finley Robbar, debieron asesinarle. Wong o su gente. Llevaba consigo la bolsa de diamantes. Es obvio que sí hallaste esto, hallaste el cuerpo.

—Menos mal que no me acusas de asesinato.

—Tú no puedes asesinar a nadie, Ed. Estoy bien segura de eso. Ni siquiera por un puñado de valiosos diamantes.

—Tienes razón —suspiré— Él estaba muerto, ¿qué misterio es todo este, Samantha?

—Sería largo de contar ahora, y tenemos poco tiempo. Quería hallar a Robbard... vivo, pero temíamos su muerte. En cuanto huyó y logró comunicarse su fuga se esperaba eso.

—¿Huyó? ¿De dónde? ¿A quién comunicó esa fuga?

—Lo sabrás a su debido tiempo, Ed. Ahora, háblame, por favor. ¿Dónde murió Robbard dónde hallaste su cadáver?

—En una de las islas de la Iguana. En el islote Lomo de Caimán. Un lugar pequeño y miserable, sin vida apenas. No entiendo cómo pudo llegar allí, ni cómo fue asesinado...

—Ed... ¿tú podrías llevarme allí?

—¿Yo? —la miré perplejo— ¿A ti y a esos dos esbirros... perdón, a Todd y a Neil?

—Exactamente. A todos nosotros. ¿Conoces el lugar...?

—Como la palma de mi mano —asentí— ¿Por qué habría de llevaros, sin embargo?

Ella suspiró. Se acercó a mí.

—Debo mostrarte esto, Ed —murmuró— Quizás entonces me ayudes sin hacer preguntas y comprendas que no oculto nada vergonzoso ni delictivo...

Inesperadamente, ella extrajo algo. Me quede mirando, absorto, aquella fotocopia plástica, que sin duda había salido de su corpiño. La puso en mis manos. La examiné al trasluz, con todo detalle.

Era asombroso. Pero ya, nada podía impresionarme a estas alturas.

El documento estaba extendido a nombre de Samantha Kingsby, viuda de veintiocho años. Daba todos sus datos minuciosamente, y poseía su fotografía y huellas dactilares.

Lo curioso era el distintivo. Lo tuve que leer dos veces:

*Servicio Especial de Inteligencia para Asuntos
de Centro y Sudamérica.
Departamentos de la O.E.A. y del Pentágono."*

* * *

—No tardes, Ed.

—Estaré de vuelta en seguida —afirmé, pensativo— Sólo despedirme de Luana y recoger unas cosas...

Observé el dolor de su gesto, al hablar de la mulatita. Pero sonrió tristemente y asintió.

Me alejé del embarcadero. Samantha quedó en mi yate, viéndome partir. Al alejarme hacia las callejas empinadas, me dije cuán absurdo podía llegar a parecer todo y qué fácil era en el fondo su explicación, aunque distara mucho de aclararlo todo.

Samantha, trabajando de agente secreto para la

Inteligencia de la Organización de Estados Americanos y el Pentágono de Washington. Inaudito.

Y Samantha con ese cargo, en una misión en el Caribe, cerca de mí. Más sorprendente e inverosímil todavía. ¿Podía ser casual? ¿Se podían dar circunstancias tan fantásticas en la vida? Personalmente, siempre he creído que no. Ahora, a la vista de las circunstancias, la duda resultaba incluso razonable.

Le había prometido ayuda. No podía hacer otra cosa. Ella trabajaba por América. Yo era americano. Tenía que prestarle mi apoyo incondicional. Además... todavía era Samantha aunque la hubiese hallado tan lejos de su primitiva imagen, la lejana, la de Nueva York, la de aquella jovencita de quien me enamoré perdidamente, con quien tuve un idilio breve pero intenso... hasta el estallido dramático del crimen en su apartamento de la muerte de un hombre llamado Sidney Sloane, cuya vida y profesión parecían sumamente, oscuros entonces, según se vio en las investigaciones pero cuya muerte tenía que pagar yo porque era el único

aparentemente con motivos claros para desear su desaparición...

Luana no iba a entender esto fácilmente. No pensaba engañarla sin embargo. Le diría que ella había vuelto. Sólo eso. Luana entendería. Siempre había temido algo así: o que ella llegase... o que yo desapareciera para siempre.

Ahora, los acontecimientos le daban la razón.

Yo volvía a ver a Samantha junto a mí aunque fuese por este increíble motivo. Luana no podría entender eso. Ni yo se lo explicaría. Era confidencial. Estrictamente confidencial como son siempre los asuntos de Inteligencia de cualquier país u organismo nacional.

Para ella, yo sería de nuevo el que había sido antes. Y me iría a Puerto Tortuga para no volver más. Con Samantha. Es lo que ella pensaría...

La Criolla estaba cerrada ya. Era lo lógico. La madrugada estaba muy avanzada. El silencio se enseñoreaba de la población. Dentro de pocas horas amanecería y volvería la vida a sus callejas. Y sobre, todo a su puerto.

Rodeé la cantina. Entré por la puertecilla lateral. Subí a la planta alta. La puerta estaba solamente entornada. Luana acostumbraba a dejarla así. Pensé que hacía mal. No era prudente, con gente como Wong deambulando por el lugar. Wong era un asesino, como yo había sospechado con solo verle. Samantha se limitó a confirmarme la sospecha.

Entré. Todo estaba en penumbras. Como siempre también. Me acerqué al lecho.

Me detuve, horrorizado, ante el espectáculo. La luna, entrando con intensidad por la ventana, se filtraba hasta las sábanas manchadas de rojo, hasta el cuerpo atravesado en el lecho, horriblemente acuchillado. La sangre había brotado a torrentes derramándose por doquier. La cabeza de Luana yacía contra un extremo de la almohada, colgante e inerte.

Sobre las ropas, sangrantes, revuelta en las sábanas enrojecidas, se veía otra mujer desnuda, marfileña siniestra...

* * *

—Luana... —musité acercándome sobrecogido. Sin esperanzas de ser oído ya pero pronunciando su nombre con la mayor ternura, con un patetismo frío y desgarrado— Luana, cariño...

Me estremecí al ver la agitación de su cuerpo moreno, la palpitación de sus heridas los pechos heridos... su cabeza de pelo negrísimo se movió y unos ojos que un día fueran relampagueantes se clavaron en mí, turbios y como lejanos. La boca sensual, carnosa, se movió débilmente. Capté el quejido:

—Ed... es el fin —la oí jadear— Llevo., llevó así una eternidad... Es como si la vida quisiera escapar a cada momento... y hubiera esperado a tu llegada. Ed, no creí... que volvieras...

Pobre Luana... Jamás he llorado por nada. Esta vez, el llanto se agolpó en mis ojos y sentí vacilar todo en torno mío. Estremecido, me incliné más, rodé su piel con mis labios en un sincero contacto enternecido.

—Luana... claro que he vuelto. Perdóname. Nunca debí hacer aquello. Luana, ahora será distinto...

—Claro, Ed... Todo distinto... —pareció que sus labios sonreían — Ya no estaré yo... Sólo espero... que seas feliz alguna vez... Esa mujer... esa mujer de América... búscala. Y si la encuentras, vuelve a ella. Es... es buena... Es buena, Ed. Tú la amaste siempre...

—Eso quedó atrás —mentí piadosamente a Luana— No hables de eso. Luana. Te quiero a ti. Encontré en ti lo mejor... ¿Quién hizo esto? ¿Wong, verdad?

—Wong sí... Te buscaba a ti... —sonrió triunfal— Pero no te encontró. No te dejes encontrar... Es un bestia, un sádico monstruoso... Quería unos diamantes... Unos diamantes y unos datos, unos informes que yo no sé. Ed... Quería saber dónde encontraste a Finley... y algo más... No sé de qué hablaba, pero él no creyó... Habló también de Samantha. Samantha Sloane... Es ella, ¿verdad, Ed?

—Sí, es ella. No hables, no te fatigues más.

—¿Qué importa ya, si todo se acaba? Samantha... es agente secreto. Trabaja para... para tu país, Ed. Dice que va en busca de esos diamantes... y que tiene que matarla también. Que vendrá en busca tuya, sin duda... Ed, prométeme que te cuidarás...

—Te prometo más que eso. Te prometo matar a Wong como a un perro. Vengaré lo que te hizo Luana, aunque sea lo último que pueda llevar a cabo en la vida. Lo juro.

—Es... ¿Dices eso porque... porque sentiste realmente algo por mí?

—Luana, ¿es que aún lo dudas? Luana, te quise más de lo que nunca imaginaste... y ahora que te pierdo, sé cuánto has significado en mi vida...

—Ah, Ed, es hermoso... —susurró— Es hermoso...

Besé sus labios yertos. Sentí que ella quería besarme también. Temblaron sus labios, antes de caer atrás la cabeza exhalar un último aliento profundo... y morir.

Miré a Luana patéticamente. La cubrí, muy despacio, con la sábana más limpia tras cerrar sus ojos hermosos, ya vidriados y sin luz. Besé su fría mejilla. Me alejé despacio, sintiendo vibrar mis nervios.

—No habrá perdón para ti, George Wong —musité roncamente— Nunca habrá perdón maldito seas... Sólo espero encontrarte.

Abandoné la casa de Luana. La que había sido mi única morada, mi extraño hogar de varios años, en Pequeño Caimán.

Ahora, de repente, al pisar la calle empedrada. Pasé ante La Criolla que ya jamás sería el mismo lugar de siempre. Faltaría ella, Luana. Faltaría su alegría su tremenda vitalidad.

Puerto Tortuga era súbitamente un mundo extraño, distante y helado, a pesar del calor bochornoso del trópico, a pesar de su aire caliente y su humedad abrasadora. Ya nadie me ligaba a todo aquello. Nada, salvo el recuerdo a una mujer muerta...

Regresé lentamente al muelle. En el embarcadero, continuaba mi yate, como desierto, sin luces. Pero cuando subí a él, Samantha salió a mi encuentro. Me miró, asustada.

—Ed... —susurró— ¿Qué te ocurre? Estás pálido como un muerto, desencajado...

—Luana —musité— La mataron, Samantha. Con una navaja. Fue Wong...

—Dios mío... —ella ocultó el rostro en sus manos. Apenas oí su voz— Lo siento... No lo creerán pero lo siento. Es algo terrible, algo muy doloroso, Ed...

La miré. Moví afirmativamente la cabeza.

—Sí, te creo —asentí— No me preguntes por qué pero te creo... Samantha ella agonizaba cuando yo llegué. Me habló de Wong. Él la interrogó. Sabe que trabajas para el Gobierno y para la OEA.

—Eso es mal asunto —se preocupó ella— Wong sirve a poderosos amos. Pueden dificultar en mucho mi labor...

—No importa lo que hagan. Encontraré a Wong dondequiera que esté.

—Ed... ¿Venganza?

—Sí, venganza, justicia primitiva o como quieras llamarlo.

—Veo que querías realmente a esa muchacha...

—Ella se lo merecía todo. Antes de morir, me dijo que volviera a ti. Que eras una buena mujer a juzgar lo que Wong habló de ti...

Me miró respirando hondo. Su voz sufrió una transición.

—¿Vamos a ir a esas islas Ed?

—Sí —afirmé— Vamos a ir a ellas. Ahora mismo. Pero ¿Qué esperas encontrar allí? ¿Más diamantes de esos tal vez?

—Posiblemente. Pero los diamantes no son importantes —suspiró ella— Son falsos. Simples diamantes artificiales de rara calidad, muy difíciles de diferenciar de los auténticos. Un hallazgo químico de Finley Robbard... muy difícil para alguien. Por eso capturaron a Robbard, por eso él trató de huir hallando la muerte. Necesitamos encontrar su pista, Ed. La pista que nos lleve a los demás.

—¿Los demás? —la miré, perplejo.

—Sí, Ed. Robbard era un inventor de piedras preciosas falsas con las que podía ser inundado el mercado, provocando una devaluación y un caos financiero. Pero hay otros científicos, como Cheryl Danvers, una experta en bioquímica de Canadá. Y como otros, especializados en Física Nuclear, en armas bacteriológicas y en gases letales, en misiles y en cosas así.

—¿Qué quieres decir?

—Toda esa gente ha desaparecido de diversos lugares del mundo, Ed, recientemente. Podríamos haber pensado en la Unión Soviética e incluso en China Roja, de no haberse dado el peregrino caso de que científicos de Pekín, y de Moscú desaparecieron igualmente.

—Eso... ¿Qué puede significar?

—No lo sé, Ed. Nadie lo sabe. Pero todos los rastros llevan aquí, a Centroamérica. Y todos los indicios, apuntan a esta zona. Aquí ha visto Robbard y por aquí lo hallaste tú sin vida.

—Espera. Wong quería llevar a una mujer enferma a algún lugar próximo, como su médico. No me dijo adónde, porque no acepté.

—Ese lugar podría ser el que estamos buscando. Si hubieras

aceptado, Ed... tendríamos una pista segura. ¿No tienes algún indicio más que nos sirva de revelación? —Sí —afirmé— Estaríamos entre cinco y diez días. Cinco como mínimo. Por tanto hay que calcular algún sitio al que, desde aquí, tardase mi yate entre dos días o dos y medio para regresar en igual tiempo. Y pensar que alguna dificultad podría alargar ese tiempo de diez fechas...

—Podemos calcular eso durante el viaje, y hacer hipótesis. ¿Algo más, Ed?

—Samantha, yo hallé a Robbard en un islote de las islas de la Iguana, ya te lo dije al regresar a puerto desde allí me crucé con una motora. Una mujer morena y muy hermosa conducía aquella embarcación, con dos hombres armados. Buscaba justamente la isla de la Iguana...

—Tendremos eso en cuenta, Ed —brillaron vivamente los ojos de Samantha— ¿Cómo era la mujer?

Se la describí. Ella pareció confundida, sin acertar su posible identidad. Puse en marcha el motor del "Tampico" y levé anclas. Todd y Neil, los amigos de Samantha me dirigieron una sonrisa y se ofrecieron a ayudarme. Parecían más corteses que antes al ver que estaba de su parte. Me pregunté si podría fiarme de ellos pese a la confianza que Samantha parecía tener en sus servicios.

Cuando despegábamos del embarcadero, vi a Pierre, el Haitiano, que caminaba hacia el puesto de siempre, con un carromato cargado de frutos tropicales. Me agitó su mano al reconocirme en una despedida cordial. Le respondí al saludo. Luego, el "Tampico" se alejó definitivamente, volvió al mar.

Algo hizo escocer mis ojos. Samantha se irguió, a mi lado, contemplándome en silencio. No hizo comentario alguno, pero me oprimió un brazo con calor. Agradecí su gesto.

—Me estaba despidiendo de algo, Samantha —musité pestañeando vivamente— Quizás de una etapa de mi vida... que no va a volver jamás.

Ella supo permanecer en silencio

CAPITULO VII

Todo continuaba igual en el islote.

No podía ser de otro modo. Lomo de Caimán era un lugar abrupto y sin ninguna particularidad especial. El cadáver que contuvo, había sido sepultado en las aguas. No era fácil hallar nada en él, ni siquiera un rastro en el suelo rocoso, áspero y curvado que rodeaba la estrecha faja de playa, la vegetación hosca, salvaje, y los arrecifes de coral inmediatos.

Samantha me miró, decepcionada. Tuve un encogimiento de hombros.

—Te lo dije —señalé— No podía ser de otro modo...

—Ed, ¿cómo pudo llegar aquí Robbard?

—Lo ignoro. Tal vez empleó una embarcación que hundió su asesino, al localizarlo aquí. O quizás el propio Wong le trajo hasta este lugar para asesinarle.

—No lo creo. Parece como si Robbard hubiera pretendido escapar a alguna parte alcanzando estas islas. Pero ¿adónde pretendería llegar?

Miré a las distancias, al azul interminable del mar. Hice un gesto escéptico y luego señalé entre nosotros.

—Allá están Guatemala, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Panamá... Pero lejos. Muy lejos de este punto. Honduras es la más próxima, pero no podía soñar en llegar hasta allá estoy seguro...

—Sin embargo... ¿adónde se dirigía? —insistió Samantha.

—A veces, el que huye no va a ninguna parte. Sencillamente, escapa, no elige camino. Correr lo más deprisa que puede, aunque su carrera no tenga meta concreta.

—Es posible, Ed. Pero supongamos que Robbard no huía a ciegas. Era un científico, un hombre frío e inteligente. Por asustado que estuviera, no se lanzaría contra un muro para destrozarse en él la cabeza. Eso no tendría mucho sentido, después de todo...

—Lo entiendo, sí —afirmé— Pero no veo solución alguna. Este mar estos islotes... Todo está lejos. No se puede sobrevivir en estos promontorios de roca, coral y vegetación silvestre, sin frutos ni animales. Aquí, uno sólo puede esperar que un barco o un submarino vengan a salvarle. Eso es todo.

Samantha me miró, repentinamente lúcida. Me preguntó, vivamente:

—¿Qué es lo que acabas de decir, Ed? Repítelo, por favor...

—Dije que solamente un barco, o un submarino, podrían... —me paré en seco. Entendí lo que ella quería dar a entender y yo mismo sentí una interna repentina excitación.

—Eh, ya sé. Aguarda, Samantha. Te refieres a... a una embarcación. ¿Era eso? Robbard esperaba que alguien le rescatara de aquí. Alguien con regularidad, llega a estos lugares por algún barco o submarino que patrulle por estas aguas...

—Exacto, Ed. Eso quise decir. Robbard tenía una esperanza solamente: ese barco o sumergible en estas aguas. Procuró llegar a las islas de la Iguana, huyendo de Puerto Tortuga y de Jamaica, adonde había huido en principio. ¿Por qué hacía eso? Porque estaba seguro de ello, sabía que sería visto y recogido.

—Estas son aguas jurisdiccionales inglesas —comenté— Pertenecen a Jamaica y Jamaica es británico.

—Sí, Ed. Por tanto, podía ser algún buque inglés. Pero estas zonas están alejadas de tierra firme. Cualquier buque de cualquier nacionalidad, puede cruzar estos mares sin enterarse nadie de ello. Especialmente, si es un submarino.

—Espera —hablé, excitado— Supongamos... Supongamos que Robbard esperaba un submarino británico o un guardacostas o algo así para pedir asilo y protección a los ingleses. Entonces otra embarcación diferente llega aquí siguiendo su rastro. Una embarcación de otra nacionalidad, de otro país. O acaso sencillamente pirata. De ella descende Wong a tierra y mata a Robbard. Pero ha de huir rápidamente sin poder encontrar los diamantes artificiales ni deshacerse del cuerpo porque llega una embarcación oficial inglesa o de cualquier otro país. Eso tiene cierto sentido, ¿no?

—Sí, Ed. Mucho sentido. Pero eso quiere decir, también que quienquiera que sea el amo de Wong, la persona o entidad para la

que trabaja ese criminal tiene su base muy próxima a esta isla, acaso en tierra firme... o acaso a bordo de alguna embarcación.

—Eso completa el panorama —suspiré— Conozco a fondo estos mares, Samantha. Durante años los he recorrido en todas direcciones y estoy habituado a ver toda clase de embarcaciones y conozco cuanto puede ocurrir aquí normalmente. He visto a los patrulleros ingleses como he visto a barcos hondureños o nicaragüenses no lejos de esta isla.

—Bien. Eso es completamente razonable. En esas posibilidades confió Robbard al huir Ed, tú que conoces tan a fondo todo esto... ¿qué clase de embarcación pudo patrullar por aquí, localizar a Robbard, enviarle a un asesino a terminar con él, y qué embarcación podría haber llevado a Wong a tierra firme a esperar la llegada de esa mujer enferma y su médico personaje que sinceramente bien podrían ser la última secuestrada la investigadora científica Cheryl Canvers, de Canadá y un especialista a sueldo de esa gente que la llevase drogada para manejarla dócilmente con suma facilidad, sin despertar sospechas.

—Tiene que ser una de gran radio de acción. Pongamos un yate. Un yate grande posiblemente.

—Exacto. Esa podría ser la respuesta. Un yate. Un submarino es demasiado fantástico a no ser que nos enfrentemos a una gran potencia. Los particulares, aunque formen una poderosa sociedad criminal no manejan sumergibles. Ha de ser todo mucho más simple, Ed.

—Un yate rápido, grande que recorra estas aguas con frecuencia, lejos de tierra y sin detenerse nunca demasiado tiempo en ninguna parte —arrugó el ceño. La respuesta a esa incógnita estaba bailándome insistentemente a la cabeza. Creía recordar algo pero no estaba totalmente seguro aún. Prefería no albergar duda alguna al respecto.

—Sí, Ed. ¿Has pensado en alguno? ¿Has visto alguno? —me apremió ella— Tiene que ser eso. Un yate ligero, que no despierte sospechas, que no tenga una nacionalidad bien definida y si la tiene no despierta sospechas... Pero un yate que no puede ir a Puerto Tortuga ni ser visto en lugares de esa área. Posiblemente no se acerque nunca a tierra por alguna razón, y sea aprovisionado de combustible y avituallado en alta mar, por algún otro buque

especial...

—Entonces, ha de ser ese —afirmé rotundo. Samantha había ahuyentado mis últimas sospechas.

—¿Cuál, Ed?

—El yate del general Onega.

—¿El general Onega?

—Es el desterrado de cierto país centroamericano, tras la fallida revuelta con la que intentó derrocar al poder e instaurar un régimen de tipo dictatorial. ¿Recuerdas ahora?

—Sí —afirmó ella, excitada— Héctor Onega, general de infantería. Lo recuerdo bien. El gobierno legal respetó su vida pero le expulsó del país para siempre. No se le aceptó en sitio alguno de Centro y Sudamérica, por temor a sus actividades subversivas y sus sueños de poderío totalitario. No sabía lo que fue de él.

—Ahora se hace llamar solamente Héctor O. Ricardos. Es muy rico. Tiene un yate hermoso, potente y rápido, con distintivos internacionales. Recorre los mares, pero no puede acercarse a tierra firme en toda esta zona. Sería encarcelado inmediatamente. Él lo sabe y su yate, el "Imperial" navega de isla en isla, de sitio en sitio, siempre sin tocar las aguas jurisdiccionales de los países enemigos de su postura y de sus sueños de grandeza política. Se dice que a bordo da fiestas y recibe a invitados notables. Pero todo eso no se ha confirmado nunca.

Samantha me aferró un brazo, con energía. Me miró directamente a los ojos.

—Ed, ese puede ser el lugar que andamos buscando —musitó— El refugio secreto de una organización capaz de financiar y llevar a cabo esos audaces raptos en todas las naciones. Puede ser... la prisión flotante de los científicos desaparecidos.

—Es arriesgado acusar de eso a Onega. Una patrulla naval podría dar el alto a su yate y registrarlo. Pero él tendrá previsto eso y podría deshacerse de todos sus presos y de cuantas pruebas comprometedoras hubiese a bordo, sin dejar rastro, en breve espacio de tiempo. Cuando subieran a bordo, no hallarían cosa alguna de interés ni prueba ninguna en que basar sus acusaciones. Eso sería fatal para nosotros.

—Ed, si pudiéramos llegar a ese yate de alguna forma...

Creo que a veces, las mujeres son tremendamente proféticas.

Claro que no esta ocasión Samantha fue mucho más que ninguna otra mujer.

Apenas había terminado de hablar, cuando tuve la extraña impresión de que algo anormal sucedía ante nosotros. Miré hacia donde teníamos anclado nuestro "Tampico" en la playa del islote.

Vi algo más que mi propio yate. Vi también la silueta majestuosa de un gran yate de lujo, al menos diez veces mayor que el mío, asomando frente al islote con una rapidez en su marcha que anunciaba la potencia de sus máquinas y la condición excepcional de la embarcación.

Todd y Neil también lo habían visto ya. Corrían hacia el yate, para buscar algo, sin duda sus armas automáticas en previsión de lo que pudiera suceder.

No llegaron muy lejos.

Repentinamente, brotó del yate una llamarada. Retumbó la detonación, se elevó una columna de humo, y otra de agua pareció subir como la lava de un volcán junto a la playa. Todd y Neil se tiraron al suelo, mientras por un sistema de potentes altavoces nos llegaba una orden rotunda:

—¡Será mejor que se rindan todos inmediatamente, o arrasaremos el islote! ¡Esta embarcación posee suficientes armas de fuego para aniquilarles en pocos minutos!

Y para demostrarlo largó otro cañonazo que reventó contra la playa y los arrecifes lanzando un alud de agua contra el "Tampico".

Samantha y yo nos miramos, desalentados.

—Creo que tienen razón —dije— Defenderse, sería suicida...

—También lo será entregarse, Ed —me recordó— Son asesinos... Wong mismo puede estar a bordo.

—No me sorprendería —encajé las mandíbulas— Pero no hay otra alternativa. Esa, o morir estúpidamente aquí. Es mejor entregarse, Samantha. Creo que ahora, muchas cosas empiezan a estar claras para mí.

—¿Qué cosas, Ed? —se sorprendió ella.

—No, nada. Vamos allá.

* * *

Héctor Onega Ricardos, general de infantería de aquel país centroamericano que estuvo a punto de convertirse en un Estado totalitario, continuaba siendo un hombre arrogante frío y

dominador.

Hacía años que no veía fotografías suyas ni oía hablar de él. Pero parecía tan joven como al intentar su golpe de estado en Centroamérica. Pelo negro, perfil de halcón, mentón enérgico, ojos verdes como los míos, más claros acaso y con una expresión de desconfianza y amenaza para todo el mundo.

Vestía uniforme militar, color verde parduzco, curiosamente similar al de los jefes militares de la Alemania Nacional Socialista de Adolfo Hitler. Le rodeaban hombres fríos, y silenciosos, vestidos impecablemente.

—Bienvenido a bordo, señor Edmond Kane —saludó con frialdad Onega, al presentarnos ante él, en su propia cámara de capitán de aquel lujoso yate que ocultaba bajo su apariencia de fastuosa nave de placer, armas suficientemente modernas y bien disimuladas como para enfrentarse con ciertas garantías de éxito a un crucero.

—Gracias —respondí, sorprendido— ¿Me conoce?

—Oí hablar de usted —rio, sardónico— Edmond Kane, Oficina Federal de Investigación, Washington, D. C.

—Se equivoca en algo. Estuve destinado a la Oficina de Nueva York.

—Lo estuvo —rio Onega. Me taladró con sus ojos burlones, y tuve una sensación de escalofrío en mi espina dorsal que fue a morir en mi nuca— Ahora sirve a Washington ¿no es cierto?

—No es cierto —negó Samantha con altivez— Sabe que soy yo quien sirve a Washington no él.

—Vamos, vamos señorita —se volvió Onega hacia ella— ¿Va a hacerse ahora la ignorante, a negar el papel de este caballero en la aventura que ha emprendido? ¿O es tan ingenua que han logrado engañarla sus propios jefes?

—¿Engañarme? —ella apretó los labios— No sé de qué está hablando, general.

—Soy un hombre muy bien informado. Nunca fui un vulgar caudillo americano dócil a los demás. Tengo ideas y métodos propios. Tengo una gran fortuna personal, y con dinero se compra todo. Especialmente a los espías inteligentes. Logré introducir uno en el FBI, mi querida señorita. Es él quien me dio los informes sobre Edmond Kane...

—¿Qué informes? —repliqué aparentando serenidad— Dejé de pertenecer al FBI hace años enteros. Cuando me sacrifiqué por una persona y acepté ser acusado de homicidio.

—Oh, sí, todo eso le honra —se mofó Onega, fríamente— Señor Kane, usted engañó a todo el mundo, incluso a la bella Samantha y a sus jefes de Nueva York. Dentro mismo del FBI solamente una sección conoce su actual misión en el Caribe: La División de Seguridad Nacional, en Washington. Es allí donde introduce a mi espía. Allí he sabido que Edmond Kane, el llamado "Ed el Solitario", el vagabundo de las islas el trotamundos que trafica con cargas ilegales y cosas así no es sino un federal en activo, cambiado de misión y convertido en agente especial secretísimo, para investigar ciertos problemas internacionales de la zona del Caribe, sin prisas y sin cometer errores de precipitación.

—No sabe lo que dice, señor —rechacé sintiendo un sudor frío en mi piel— Nunca he vuelto a servir al FBI. Soy solamente un paria de mi tierra, un desterrado en el trópico con todo lo que ello significa.

—Sí, hizo bien su papel estos años. Usted, después de todo, no sabía apenas nada. Sólo que debía ser lo que había elegido: un desterrado de su mundo, fugitivo de la justicia americana. El FBI de Washington, la Seguridad Nacional, transfirió su nombre de su División investigadora de delitos federales de Nueva York, a otra infinitamente más secreta y trascendente para la seguridad de su país. Eso era todo. Por lo demás parecía ser quien pretendía ser e incluso debía arriesgarse a hacer de contrabandista a pasar mercancías ilegales y a vivir como el paria que pensaba ser. Eso dura ya cinco años Kane. Washington no tiene prisa. Usted, tampoco. Pero lentamente ha ido conociendo datos ha ido convirtiéndose en el mejor conocedor del Caribe de sus peculiaridades, de sus gentes de sus islas. Nadie se fija en usted. Va y viene, confían todos, sobre todo los fuera de la Ley, en "Ed, el Solitario". Un plan magnífico. Incluso se puede ser contrabandista para ocultar esa personalidad tan importante para los planes de Washington. Usted cree a veces, incluso, que Washington le olvidó. Pero no es así. Ellos, gracias a usted tienen aquí a su mejor agente. Le basta con el informe que periódicamente envía dando datos, detallando cosas triviales. Ningún agente lo haría mejor. No se

improvisa algo así fácilmente. Por eso me pregunto qué será del FBI cuando usted deje de existir ahora para ellos.

Hizo una pausa Onega. Ya no me atreví a negar nada ni a protestar. Era inútil. Aquel hombre estaba diabólicamente informado de todo. Casi sabía más que yo, gracias a su espía introducido en las oficinas federales de Washington. Era capaz de todo, con tal de tener los triunfos en su mano, estaba seguro de ello.

Samantha me contemplaba con estupor infinito.

—Ed... eso... ¿eso es cierto? —jadeó.

La miré. Incliné la cabeza.

—Sí, Samantha. Es cierto. Yo he sido todo este tiempo espía federal en el Caribe. Ni yo mismo supe nunca para qué. Creo que ahora, precisamente ahora he empezado a darme cuenta de ello. El FBI buscaba a Héctor Onega. El FBI sospechaba de sus planes de poder. Y ahora, cuando ya sé lo suficiente para que ellos caigan sobre el general... estamos prisioneros ambos.

—Exacto —sonrió Onega, irónico— Prisioneros, señor Kane. Eso es hoy. Mañana, serán ustedes simples cadáveres sepultados en el mar. Como la hermosa agente Ilonka, de la Unión Soviética, a quien capturé haciendo investigaciones en su canoa a motor acompañada de dos miembros importantes de la NKVD rusa... Moscú también está muy interesado en dar con el paradero de sus científicos desaparecidos. Todos están aquí, a bordo, señor Kane. A bordo de esta especie de castillo o refugio de emergencia que he creado en mi yate "Imperial". Cuando ustedes desaparezcan, nadie va a volver a importunarme, estoy seguro... Y eso ocurrirá mañana. Como ya les dije, procederemos a su ejecución dentro de veinticuatro horas...

—Eso no le permitirá salirse con la suya —replicó Samantha vivamente— Es una locura lo que intenta, Onega, y las locuras nunca salen bien. Ni será dictador de país alguno, ni sus sueños de expansión imperial pasarán de la teoría. Es lo que ocurre siempre con quienes pretenden ir demasiado lejos, olvidando que en el fondo, no son nada, al lado de la voluntad de paz y de libertad del mundo actual...

Héctor Onega soltó una agria carcajada, contemplando a Samantha con desprecio. Su figura, al erguirse, se agigantó.

—Señorita, tengo a mi lado a ricos hombres del Partido nazi, y a nuevos nazis también económicamente poderosos. El dinero es el

pilar sobre el que se asienta el mundo. Ese dinero y la ciencia de mis prisioneros, hará mi obra. Claro que ustedes ya no vivirán para conocerla. Esta noche cenarán juntos todos mis prisioneros. Será la despedida definitiva para ustedes. Su despedida de la vida, naturalmente...

CAPITULO VIII

LA cena no tenía nada que envidiar a los grandes banquetes de los magnates. Era una cena digna de ser la última de nuestras vidas, ciertamente.

Quizás por eso, ninguno teníamos apetito. Ni Samantha, ni Ilonka, la morena hermosísima de la canoa a motor, que era nuestra compañera de mesa esa noche, con sus dos auxiliares, Boris y Andrei. Ni yo sentía ganas de cenar, ni Todd y Neil tampoco.

El general Onega nos había dejado solos, en un comedor privado, que sin duda estaría guardando celosamente, al lado opuesto de las puertas herméticamente cerradas. La cena iba transcurriendo, lenta, deshilvanada, triste y difícil para todos.

—Onega me capturó al día siguiente de cruzarme con usted y pedirle datos respecto las islas de las Iguana —explicaba Ilonka, dirigiéndose a mí con su fluido inglés apenas con un leve acento exótico, que ahora sabía era el originario de su lengua rusa nativa— Creo que en Moscú no se sentirán demasiado orgullosos de mí...

—No se lamente de lo que sucede —me quejé— Yo mismo, he sido instruido durante cinco años sin yo mismo saberlo para convertirme en un agente ideal para Washington. Y ya ve los resultados...

Hubo otro silencio. Boris, Andrei, Todd y Neil hablaban entre sí, cambiando impresiones sobre sus respectivas actividades. Creo que jamás en mesa alguna, se habían hermanado tan cordialmente, rusos y americanos. En las Naciones Unidas, nadie se lo hubiera creído. Por desgracia no había ningún observador que pudiera asistir como testigo.

—Ed, ahora que hablas de tu misión de todos estos años... Samantha se inclinó hacia mí no sé si por la curiosidad de conocer completamente la historia o porque en realidad quería evitar que Ilonka hablase conmigo. Las mujeres siempre son un enigma en ese

sentido— ¿Cómo pudiste eludir la acusación de homicidio, cuanto te señalaron como culpable de la muerte de Sidney de mi esposo...?

—Samantha, ellos sabían que yo no podía ser un asesino. Pero oficialmente, todo me acusaba. La verdad es que me ayudó el FBI de Washington, proponiéndome mi dimisión oficial de agente federal. Acepté, y desaparecí. Todos me acusaron en público mientras yo escapaba del país ayudado del FBI. Luego, al pasar los años, creí que realmente había dejado de interesarles mi existencia en el Caribe. Pero sus órdenes eran de que siguiera siendo siempre el mismo "Ed, el Solitario", y así lo hice.

—Ed, a mí tampoco me acusaron jamás de la muerte de mi esposo —dijo ella sorprendida ¿Por qué no pudo ser eso?

—No sé, Samantha —arrugué el ceño— Es un enigma que no entiendo bien... Samantha me dijiste aquella noche en el apartamento, mientras permanecías en pie junto al muerto y la música sonaba en el disco...

—Sí, Ed...

—Me dijiste entonces que habías amenazado a tu marido con revelar algo al FBI por lo que me llamarías a mí, para acusarle de algo ilegal, de algo que podía ponerle en dificultades, si no accedía al divorcio. Ahora pasaron ya muchos años, y la muerte nos espera mañana. ¿Qué era eso que sabías acerca de él, que tanto daño podía hacerle?

—Oh, eso... —ella arrugó el ceño, pensativa— Es curioso, Ed, pero... pero ahora que lo mencionas, me sorprende la coincidencia.

—¿Coincidencia? ¿Qué coincidencia?

—Ed, se trata de Sidney, mi marido. Sidney Sloane... también era nazi.

—¿Qué? —salté vivamente.

—Nazi activo, enemigo de toda forma de libertad humana. Perteneció a la célula nazi en Nueva York, e intervino en unos sabotajes de ese tipo, que nunca se descubrieron. Yo lo sabía. Últimamente me constaba que le vigilaban, que andaban cerca de él... Me sorprendió que esa noche se animara a venir personalmente a verme, saliendo de sus escondrijos.

—Samantha, recuerdo que iba vestido muy estridente. Smoking, una rosa amarilla, camisa rizada de seda... ¿Era eso frecuente en él?

—No, no mucho. Pero le gustaba lo ópera. Wagner, como a

Adolfo Hitler. Me sorprendí verle así.

—Samantha y entonces tú te ausentaste del piso... Al volver, yacía sin vida en la alfombra. Muerto de dos balazos en pleno rostro. Dos balazos a bocajarro que le había destrozado la cara, haciéndole casi irreconocible.

—Cierto, Ed. De no ser por su pelo blanco, sus ropas... no hubiera podido reconocerle ni yo misma...

—¿Oyes eso, Samantha? —dije excitado— Sus ropas y su pelo blanco... Sólo eso. Cualquier hombre de parecida estatura, de ropas iguales, idénticas podría parecer tu marido, una vez muerto a balazos en el rostro.

—Pero Ed, ¿Qué pretendes insinuar? —se horrorizó ella.

—Samantha, escucha esto... —hablé roncamente— Tu marido te visita... y es asesinado. Nunca se supo por quién ni por qué motivo. Esas ropas llamativas que no permitían dudar de la identificación. Tuya, mía... pero imagina que un "doble"; Ni siquiera necesitaba parecerse a él. Bastaría el pelo blanco, las ropas de gala... y los dos disparos a quemarropa.

—Ed, yo vi a mi marido antes de morir...

—Claro. Luego te ausentaste. Al volver, estaba muerto. ¿Qué sucedió durante tu ausencia? Que el "otro Sloane", preparado para suplantarle llegó conforme él había previsto de antemano. El falso Sloane, naturalmente creería que era un juego una farsa sin consecuencias. Cuando quiso darse cuenta de su error, había sido asesinado de dos tiros en pleno rostro. Cae muerto el "doble" y huye tu marido, el cadáver de Sloane...

—¡Ed! —palideció ella intensamente— ¿Quieres decir que él... que él...?

—¿Está vivo? —afirmé, rotundo— Sí Samantha. Total absolutamente vivo. Lo estuvo todos estos años, y el FBI lo sabía lo había averiguado y le dio cuerda simplemente esperando que él mismo se ahorcase. Por eso no nos acusó realmente a nadie de nada, ni a ti ni a mí. Y por eso a mí me dio esta misión.

—Ed, ¿adónde vas a parar? ... —tembló ella, asustada.

—A esto; Samantha, ¿qué dirías, si Sidney Sloane estuviese a bordo de este barco?

—¡No! —gritó ella, demudada— Imposible, Ed, imposible...

—No es imposible, querida. Tu amigo Kane tiene mucha

inteligencia. Es muy sagaz. Descubrió el secreto mejor guardado de estos últimos tiempos.

Samantha se volvió con un grito terrible. Yo miré también hacia la puerta del comedor donde ahora se hallaban dos hombres erguidos, sonrientes, dominadores de la situación:

Era Wong, el oriental asesino... y Sidney Sloane, el elegante caballero del cabello blanco. El esposo legal de Samantha. El hombre dado por muerto cinco años atrás en Nueva York.

Samantha sollozó, con el rostro oculto por sus manos. Sloane sonreía aún más con la presencia de Wong como protegiéndole.

Yo no miraba ya a Sloane sino a su esbirro a su guardaespaldas. A Wong... Al asesino de Luana.

Repentinamente, salté hacia él.

Salte por encima de la mesa tomando un impulso increíble. Como un felino. Mi cuerpo voló sobre manteles revueltos, platos volcados y copas derribadas.

—¡Quieto! —aulló Sloane— ¿Qué hace?

—¡No se mueva o le mato ahí mismo! —rugió Wong.

No hice caso a ninguno. No podía hacerlo. Una promesa, era una promesa. Aquella era mi última cena. Mi última oportunidad de vengar a Luana.

Wong supo lo que hacía. Sloane creía que iba a por él, pero Wong supo que no era esa mi intención. Debió leer el odio, la furia la implacable decisión en mi rostro.

Dispare sobre mí su dardo mortífero. La hoja de acero siempre con una empuñadura idéntica: la mujer desnuda, tallada en hueso.

Me acertó naturalmente. No podía fallar un experto como él. Pero me acertó cuando yo saltaba ya sobre él.

Sentí el impacto de la hoja de acero en mi pecho, penetrando por mi carne alcanzando mis costillas acaso mi pulmón o mi corazón no podía saberlo. Estaba ciego de ira, de furia.

Caí sobre Wong pese a todo. Hubo gritos asomaron hombres armados por las puertas, que corrieron a reducirme. Wong intentó escapar, tras hacer blanco en mí con su arma.

Le aferré la pierna ortopédica y tiré de ella. Brutalmente hasta sentirla desprendida del resto de la pierna mutilada. Cayó Wong de espaldas en el suelo. Yo, encima de él. Sloane no intentó separarme. Tampoco lo hubiera logrado.

Wong forcejeaba. Luchaba por desasirse, por golpearme con algún impacto decisivo.

No le dejé obrar. Había sujetado al fin su cuello con una mano. La otra, retenía sus dos manos ferozmente. Apreté, apreté apreté...

Vi tornarse amoratada su faz. Le vi boquear extraer su lengua. Forcejeó, luchó recibí golpes de los demás.

Antes de que un culatazo seco me derribara sobre Wong, el asesino desorbitaba sus ojos inyectados de faz amarilla se volvía púrpura y la huella de la muerte se grababa en su rostro, desgarradoramente. Caí sobre él. Apretando todavía aunque creo que ya era en vano...

* * *

Tal vez hubiera sido mejor, pensé entonces, que la hoja de acero de Wong hubiera terminado conmigo.

Pero no había sido así. Mis costillas evitaron el impacto mortal. En definitivas cuentas, para nada. Vendado, vacilante, muy débil, fui empujado como todos, hacia la borda del yate. A mi cuello se anudaba aquel lastre: una enorme pesada rueda de hierro que arrastraban unos marineros del yate de Onega. El general, con Sloane y los demás nazis de su Estado Mayor, asistía a la ejecución.

Estábamos los siete en hilera: Ilonka, Samantha, los dos rusos, los dos americanos... y yo.

—Adelante —ordenó con frialdad Onega, alzando un sable que centelleó a la cruda luz matinal del fuerte sol del trópico— Cúmplase la sentencia sobre todos estos.

Le miré serenamente. Onega sonrió, saludándome militarmente.

—Rindo homenaje a los valientes —dijo— Su modo de vengar a una chica de Puerto Tortuga, fue increíble de coraje y virulencia. Estará satisfecho, al menos, de que Wong le precedió ya en ese camino, Kane.

—Estaré más satisfecho cuando usted se reúna con nosotros, general —repliqué.

—Eso tardará muchos años para que pueda ocurrir —se rio él, burlonamente— Adiós, señor Kane. Adiós a todos. Lástima que no vean brillar el nuevo imperio nacionalsocialista del general Héctor Onega, sobre todas las Américas...

Hizo un gesto con el sable. Era la señal.

Vi cómo lanzaban a Ilonka al mar. Luego, siguieron Boris,

Andrei... Neix y Todd...

Samantha me miró, patética, girando la cabeza. Los fusiles la empujaron.

—¡Adiós, Ed, mi amor! —gritó.

—Samantha... —gemí roncamente— Samantha querida...

La hundieron en las aguas. Me revolví furioso traté de luchar. Era inútil. Me empujaron a mí también con sus culatas y salvé el hueco abierto en la barandilla de la borda.

Me sumergí en las aguas. Me hundí con mi lastre, hacia el fondo.

Y supe que era la muerte...

CAPITULO IX

Samantha me contempló largamente. Me tomó de un brazo.

—Edmond ¿cómo te sientes?

—Débil todavía —susurré— Y aturdido.

—Aturdido... —sonrió ella— Todos lo estamos, Ed.

—Sí, lo imagino. Volver a la vida... desde el abismo mismo de la muerte —Hice un gesto de asombro— Aún no logro entenderlo...

—Es fácil, Ed. Nos lo contó el capitán... Sencillamente, esperaban a que fuésemos arrojados al agua o algo parecido, para rescatarnos. Si la ejecución era a bordo hubiesen atacado los submarinos el yate, aun con riesgo de nuestras vidas. Como han hecho después aniquilando a Onega y a los suyos logrando rescatar con vida a algunos de los científicos secuestrados...

—Claro, Samantha. Entiendo eso. Los submarinos vigilando al buque de Onega, los sistemas de escucha montados a bordo y que tú llevabas en tu calzado... Todo muy simple teniendo en cuenta el progreso de los transistores y lo diminuto y preciso de los sistemas de radiofonía y comunicación. Pero haber salvado la vida haber hallado a esos eficaces y rápidos hombres-rana que nos despojaron del lastre y nos llevaron a bordo de los sumergibles ingleses, norteamericanos y rusos... La verdad es algo que está más allá de mi propia imaginación. Jamás esperaré salir con vida de eso...

—Ed, ahora ya no nos cabe duda alguna sobre mi viudedad —suspiró ella— Sloane murió con Onega, en el ataque al buque. Ya pasó la pesadilla...—y los que habían vigilado nuestros pasos, para ver si el enemigo caía sobre nosotros utilizándonos como cebo humano están ya satisfechos: no volverá a existir otro loco imperio nazi en el mundo. Al menos, no el del general Onega, ciertamente.

—Ed, debes descansar. Entre la emoción de tu zambullida, el salvamento y tu herida del pecho...

—Esa herida no duele —sonreí.

—No. te entiendo —asintió, sombrío — Vengaste a Luana. Esa herida sí dolía. Y sigue doliendo, Ed...

—No, no es lo que imaginas —suspiré, pensativo moviendo la cabeza en sentido negativo— No Samantha. Es algo diferente... Luana fue algo hermoso pero pasajero en mi vida. Sin embargo le hice una promesa y ella merecía que se cumpliera. Ahora, de vez en cuando iré a Puerto Tortuga y visitaré su tumba. Ella sabrá donde ahora está que no la olvidé. Pensaba siempre que el día que me fuese iba a olvidarla. Bien. Ya me voy. Y sin embargo, yo volveré con los míos, pero nunca la olvidaré. Nunca...

—¿La amaste tanto?

—No sé Samantha. No sabría decírtelo ahora. Todavía no. Es todo tan confuso tan turbio... Creo que tendré que esperar algún tiempo para estar seguro de algo... Pero al creer que moríamos, te dije la verdad. Te llamé... querida.

—Y yo... amor mío —se estremeció mirándome. —Samantha, creo que podemos volver a empezar nuestras vidas...

—Sí, Ed. También yo lo creo...

Se inclinó. Me besó. Miré por la ventanilla del avión, mientras también la besaba yo a ella. El sol del trópico se perdía allá en la distancia. Volvía a casa. Todo lo demás quedaba atrás. Muy atrás...

* * *

No he vuelto a soñar jamás con el escorpión. Algún día visitaré al psiquiatra y le preguntaré qué podía significar aquel símbolo de mis pesadillas.

Es posible que él me diga que era como el aguijón de un recuerdo doloroso que pesaba sobre mí.

Es posible.

Ahora, ese recuerdo ya es realidad tangible. Ahora, Samantha es la señora Kane.

Pero cumplí mi palabra. Y Samantha me acompaña en mis viajes.

Una vez al año, volvemos a Pequeño Caimán. Visitamos la tumba de Luana.

Y le dedico mi recuerdo. Y la plegaria. Y mi afecto sincero que acaso fue amor...

FIN

Notas

[1] Cuando las estrellas brillaban,
tú eras solo mía.

Mi amor por ti no puede morir,
Aunque el océano se seque,
O los cielos caigan del cielo,
ahora te has ido...

Bahía, puedes oír mi llamada solitaria,
Hacer mi vida completa otra vez... < <

[2] Al sur de la frontera,
por el camino de Mexico
"Al sur de la frontera,
por el camino de México.
Ahí me enamoré.
cuando las estrellas de arriba
salieron a jugar.
Porque era fiesta.
Y éramos tan gay.
Al sur de la frontera,
por el camino de Mexico. < <

[3] Hace mucho tiempo y lejos,
tuve un sueño un día,
y ahora ese sueño está aquí a mi lado.
Sentí tu mirada y entonces supe,
que todo lo que anhelaba,
hace mucho tiempo, eras tú... < <



Concesionarios
exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S.W. 12 Avenue

MIAMI, FLA. 33145-USA



EDITORIAL ROLLAN, S.A.

PINTO (Madrid)

10
Ptas.